

LOS SATÁNICOS

TOM ARGO

”Los Satánicos”

"Los Satánicos"

por

TOM ARGO



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
Box 266
MALIBU, CALIFORNIA – U. S. A.

Depósito legal B. 18324 - 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO

OBRE la puerta de cristal esmerilado campeaba el rótulo, en negro, de «Private». Junto a ella, impasible, aburrido, mordisqueando la semiapagada colilla, el vigilante de turno miraba y remiraba a lo largo del pasillo, al fondo del cual se hallaba la puerta de salida.



.

Desde el lugar en que se encontraba divisaba, el trozo de calle que le permitía ver la ancha puerta. Pero los ruidos del tráfico le llegaban apagados, con sordina.

En una de sus miradas vio avanzar por el pasillo a un mozalbete. Vestía un uniforme azul celeste, y en la gorra con la que se tocaba la cabeza se leía algo, el centro comercial donde prestaba sus servicios, con toda seguridad.

Cuando lo tuvo cerca, reparó que se trataba de un repartidor postal.

—Buenos días, amigo. Traigo una carta para el señor Barker.

—Está ocupado... Trae, yo se la daré...

El muchacho pareció recelar.

—El caso es que... El señor Barker siempre me da unos centavos.

—Ahora no puedes entregársela en mano, amigo. Lo siento, pero tendrás que venir por la propina en otra ocasión.

—Está bien —refunfuñó el muchacho, al tiempo que le tendía la carta, que el vigilante recogió.

Luego, con andar nervioso, saltarín, se perdió a lo largo del pasillo, seguido por la mirada del cancerbero.

Desde hacía unos segundos un hombre se hallaba al lado del portero, quien no se dio cuenta de ello hasta que se marchó el joven repartidor.

—¡Ah! Hola, Dunphy.

—Hola, Patrick. ¿Esta por aquí el señor Barker?

Patrick esbozó una breve sonrisa.

—Eres el segundo que pregunta por él... Está aquí, sí —y señaló la esmerilada puerta—. Pero, al parecer, hay reunión de altos mandos... Tardarán bastante en salir.

Dunphy pareció interesarse por lo que el otro decía, aun sin decir nada en concreto.

—¿Sabes algo?

Patrick hizo un gesto dubitativo.

—Poca cosa. Sólo sé que llevan encerrados más de una hora.

—¿Quieres mirar a ver si terminan?

Giró el picaporte con sumo cuidado. Enseguida una voz se dejó oír.

—... y con esto no quiero decir que se trate de un hecho cierto, sino que caben infinidad de hipótesis.

Era una estancia amplia, de forma ligeramente cuadrangular, si bien uno de los extremos se estrechaba un poco, para terminar casi en forma de pica. Precisamente en este extremo se hallaba una especie de tarima sobre la cual se asentaba la larga y fuerte mesa compacta, alrededor de la que se encontraban sentados cinco hombres.

El del centro, que ocupaba un sillón rojo, rematado en sus extremos por flecos del mismo color, era el director de la Sociedad Americana de Astronáutica. Tenía la cabeza pequeña, en forma de cebolla, con escaso pelo, apenas suficiente para cubrir ambos parietales. Lo que más destacaba de su rostro eran unos ojillos vivarachos, de ratón, y la poderosa nariz, semejante a una mazorca. Gret Johnston irisaba en los cincuenta años, aunque quizá representase algunos más.

Sus ojillos se posaron en el hombre que tenía a su derecha. Era un sujeto insignificante, bajo, a juzgar por lo que sobresalía de la tabla horizontal de la mesa, calvo completamente. La nariz, ridículamente pequeña, parecía incapaz de sostener las voluminosas gafas de que se valía para leer el montón de papeles que tenía ante sí. El resto de los conferenciantes se diferenciaba enormemente de los dos anteriores. Walter Lang, por ejemplo, era robusto, macizo, de cabeza perfectamente redondeada, como si de pequeño se la hubieran metido en un balón metálico. Incesantemente se atusaba el brioso bigote con la mano izquierda, mientras sostenía la pipa con la derecha... El más joven de la reunión se encontraba en un extremo de la mesa. Tommy

Terry era alto, atlético, de grata presencia. Daba la impresión de ser un robusto «boy» deportista en lugar de uno de los ayudantes más eficientes de Lewis Barker, el físico más notable de la nación.

Pasados unos instantes, Johnston dejó de mirar a Barker.

—Creo que ya está todo discutido... Ahora queremos escuchar su informe, profesor Barker, acerca de su sensacional descubrimiento.

—No creo yo que debamos calificarlo de sensacional... Al menos por ahora. En tanto no regresen los profesores Weber, Fulton y Curtis no podremos emitir juicios «a priori».

Los ojillos de ratón tornaron a mirarle.

—Me parece que no me ha comprendido... Lo que quiero decirle es que explique a sus compañeros cuanto le sucedió en su último viaje a Neptuno... Ellos todavía no saben nada... Si acaso, lo que yo les dije. Y, en realidad, creo recordar que fue bien poco.

Walter Lang se colocó el nudo de la corbata más abajo de lo normal, movimiento que denotaba era poco sufrido para el calor.

—Efectivamente, señor Johnston. Tanto el señor Terry como yo sabemos lo que nos dijo, algo así como que el profesor Barker había descubierto un nuevo planeta.

—Exacto... Pero él mismo les pondrá al corriente.

Barker carraspeó varias veces, aclarándose la voz. Luego tomó los papeles que reposaban sobre la mesa, los consultó y comenzó a decir:

—La primera parte del viaje, de la Tierra a Neptuno, apenas tuvo novedad. Fue a la vuelta cuando realicé el descubrimiento. Recuerdo que iniciamos el viaje de noche, por considerarlo más cómodo. Apenas acabábamos de despegar cuando el encargado del «telescopio atómico» me llamó. Según él, rodeando al planeta Neptuno había una gigantesca nebulosa, que lo difuminaba durante la noche, hasta hacerlo desaparecer. De ahí que no sea visible desde nuestro planeta... Efectivamente, la nebulosa era visible a la perfección. Ordené parar la astronave y lo preparé todo para deshacer la nebulosa o, en su defecto, alejarla de la órbita de Neptuno. Para ello hice proyectar un haz de rayos ultravioletas, los cuales, atravesando las voluminosas nubes que formaban la nebulosa, dejaron el espacio libre en muy poco tiempo... Pero cuál no sería nuestro asombro al ver que, mientras las nubes se alejaban, surgía ante nosotros una masa de tierra desconocida... No necesité consultar ningún mapa para convencerme de que era un nuevo planeta, un planeta que, fortuitamente acabábamos de descubrir.

Reinó un corto pero profundo silencio. Johnson, pese a estar al tanto de todo, escuchaba con el mismo interés que la primera vez. Los restantes no perdían una sola sílaba del relato.

—Como comprenderán fácilmente, señores —dijo el director—, este

descubrimiento representa mucho para nuestra entidad... Desde su fundación, jamás se había conseguido un éxito tan señalado...

Tommy Terry intervino:

—¿Se lo ha comunicado a las autoridades?

—Todavía no... Antes es preciso... Pero oigamos nuevamente al profesor Barker, que nos lo explicará todo.

El aludido no se hizo esperar mucho, pues mientras el director hablaba estuvo repasando los papeles.

—El descubrimiento me sugirió muchas cosas. La primera, que se trataba de un planeta, aun estando dentro de la órbita de Neptuno. La segunda, que había estado encubierto por la nebulosa y era preciso romper ésta para verlo, y la tercera, que sería un planeta secundario, una especie de satélite, por así decir, de Neptuno... De ser un planeta, me decía, debería tener plena autonomía, no depender de nada y, en especial, poseer órbita propia... Todas estas consideraciones me parecieron sumamente lógicas, pero estimé oportuno llevar a cabo un reconocimiento de la imponente masa que se extendía ante nuestros ojos... Fue entonces cuando me percaté de que estaba equivocado. Apenas nos acercamos comprendimos que era inútil tomar tierra. Hubiera sido un suicidio. El planeta, todo él, se hallaba en estado gaseoso, incandescente, brotando de su costra una especie de humo denso y negruzco... Resumiendo, para no cansarles, llegué a la conclusión de que se trataba de un planeta, un planeta que nada tenía que ver con Neptuno, pese a encontrarse en su mismo campo de atracción, y que en este planeta la vida era imposible por hallarse en estado gaseoso.

Walter Lang, apenas el profesor Barker dejó de hablar, tomó la palabra.

—Pero entonces, profesor, ¿cómo se explica que ese planeta tenga plena autonomía?

—Lo sabremos pronto, querido colega. Como dije antes, los profesores Weber, Fulton y Curtis salieron hacia «Satán», que así he bautizado al nuevo mundo, hace dos días, con la misión de examinarlo a fondo y aportar cuantos datos sean de interés... No obstante, contestando a su pregunta, le diré que puede gozar de autonomía merced a su enorme masa, la cual tendría una atracción gravitatoria incalculable, atracción que sería capaz de contrarrestar la de la órbita de Neptuno. Es notorio el hecho de que su naturaleza es totalmente distinta, ya que Neptuno es más bien frío, mientras «Satán» se halla en estado gaseoso. Lo que demuestra, sin lugar a dudas, que nada tienen que ver entre sí.

—Usted dijo antes que creyó se trataba de un satélite de Neptuno, un satélite que se desprendería de ese planeta, quizá por seísmos violentos o por choques continuos de bólidos y meteoritos sobre Neptuno.

—Así lo dije, en efecto, profesor Lang. Pero volvemos a lo mismo, que es reconocerles idéntico origen, cuando son totalmente opuestos... Caben muchas

hipótesis para explicar el hecho de que «Satán» haya ido a situarse junto a Neptuno. No es, como usted insinúa, un trozo del planeta que se ha desprendido, no... Todos ustedes recordarán la teoría de Wegener, según la cual nuestro planeta era una masa común, única, allá por el período carbonífero. Luego, por sucesivos desplazamientos o movimientos, esta masa única se fragmentó, dando lugar a los cinco continentes... Pues bien, ¿por qué no pensar que en el espacio ocurre algo parecido? La naturaleza de «Satán», lo vuelvo a repetir, es gaseosa, una naturaleza muy parecida a la del Sol... ¿No es admisible, por tanto, que estos movimientos epirofóricos hayan llevado hasta allí al nuevo planeta, procedente del Sol?

Se produjo un prolongado murmullo, entre admirativo e incrédulo. Por una parte, no cabía duda que las suposiciones, aunque sin base científica cierta, estaban basadas en postulados incuestionables. Por tanto, la teoría bien podría ser que fuera cierta o, al menos, aproximada. Sin embargo, resultaba difícil creer que un trozo de Sol hubiera llegado tan lejos.

—Según usted, profesor —murmuró Tommy Terry—. «Satán» es un planeta errante, que lo mismo puede permanecer muchos años en el lugar que ahora mismo ocupa como desaparecer de la noche a la mañana.

—Yo no he dicho eso; ni siquiera lo he insinuado. «Satán» es un planeta fijo, como otro cualquiera. Ahora bien, la forma en que haya podido encontrar ese equilibrio que lo mantiene en el lugar que ocupa es algo que desconozco. Quizá nuestros colaboradores puedan comunicarnos algo al respecto.

Walter Lang seguía ensimismado, como si no pudiera digerir cuanto había dicho su colega últimamente. Estaba dándole vueltas a la idea, sobándola una y otra vez, quizá con ánimo de sacar una conclusión lo suficientemente acertada como para poder esgrimirla contra Barker.

—Si es como usted dice —anunció al cabo de un momento—. «Satán», al ser un trozo del Sol, debería proporcionar calor... Y lo único que ocurre es que tiene naturaleza gaseosa, pero, según parece, no desprende calor.

—¿Y quién le dice que no lo desprendiera antes?... Piense con detenimiento, profesor Lang, en el hecho de que ha podido tardar muchos años en ocupar el sitio que actualmente tiene. Durante su errar por el espacio es presumible que desprendiera calor y luego, el poco que le quedara, se lo absorbería la nebulosa que lo mantenía oculto... Nos demuestra que es así el hecho de que Neptuno no sufrió jamás una alteración de tipo calorimétrico.

Era inútil seguir discutiendo. El profesor Barker parecía llevar razón a juzgar por la forma en que salvaba los escollos que surgían a su teoría.

Johnston consideró que Lang y Terry estaban totalmente convencidos, ya que tomó la palabra en cuanto cesaron las diatribas.

—El hecho es indiscutible, señores. Pero, pese a ello, he juzgado oportuno no comunicar absolutamente nada a las autoridades hasta tanto no regresen los profesores desplazados a «Satán» en viaje de reconocimiento.

—No creo que puedan suministrar muchos datos —insinuó Lang—. Sí, como ha dicho el profesor Barker, el planeta se encuentra en estado gaseoso, les resultará imposible tomar tierra.

—Efectivamente, profesor Lang, existe esa posibilidad —aclaró Barker—. Pero la astronave iba convenientemente equipada... En mi opinión, conseguirán tomar tierra.

—¿Admite, pues, que el material de que está hecha la astronave soportará la terrible temperatura?

—Así es... Le explicaré los motivos de mi creencia. El estado gaseoso de «Satán» tiene una génesis similar a la del Sol, por lo que el calor proviene del hecho de que tanto el Sol como «Satán» están formados única y exclusivamente por terrenos volcánicos, volcanes que no tienen su cráter a la periferia, sino en el interior, de forma que cuando se produce la erupción, la lava se deposita en intersticios y cavidades naturales fraguadas en el interior de la tierra... Como consecuencia de esta forma del volcanismo, la costra o corteza de un magma incandescente, una masa liquida, abrasadora, que continuamente está desprendiendo vapores. Estos vapores los podríamos equiparar a las mofetas, solfataras y otros productos propios de los volcanes terrestres... Los profesores designados para la investigación iban pertrechados de los aparatos precisos para vencer esta dificultad.

Walter Lang se pellizcó el labio superior, pensativo, ensimismado.

—Su explicación es clara, colega. Pero admitirá conmigo que si no logran aterrizar, por impedírselo el calor que desprende el planeta, es que los aparatos, que sirven para investigar los volcanes terrestres, son, en cambio, insuficientes para los de otros mundos.

—Desde luego. Es una eventualidad que puede ocurrir... Pero será mejor esperar los acontecimientos. Creo que es lo mejor, ¿no les parece?

Se disolvió la reunión. Johnston se despidió inmediatamente. Barker, Lang y Terry se quedaron todavía haciendo los postreros comentarios.

Al salir, Patrick se les acercó, con la carta en la mano.

—Es para usted, profesor Barker. La han traído hace medía hora.

—Gracias, Patrick.

La tomó y la introdujo en uno de los bolsillos de la chaqueta, sin concederle siquiera una mirada curiosa.

Los tres científicos se perdieron pasillo adelante, comentando.

CAPÍTULO II



OR la abierta escotilla penetró un violento ramalazo de aire... Al instante, la cabina de mandos parecía un horno.

—Cierren la escotilla.

El profesor Dan Weber limpió los cristales de sus gafas con el pañuelo. Sus compañeros, Dick Fulton y Jim Curtis, presenciaron la sencilla operación en silencio.

—Esto es más de lo que nos dijo el profesor Barker —musitó Fulton.

El runruneo de los motores llegaba hasta sus oídos con perfecta nitidez. Pero a medida que el ingenio perdía altura, otro ruido, nuevo, nunca escuchado hasta entonces, iba apagando paulatinamente el otro.

—Cada uno a sus puestos —ordenó Weber, que parecía ser el jefe de la expedición.

Enseguida se caló las gafas, yendo a situarse junto a la escotilla que acababan de cerrar. A través del cristal contempló el recién descubierto planeta «Satán».

Era un espectáculo apocalíptico. La corteza aparecía moviéndose constantemente, desprendiendo un humo negro. Era algo así como si una mezcla, de arena y agua estuviera encerrada en un recipiente, soportando temperaturas altísimas. Continuamente se removía el terreno, produciendo un sonido extraño, un sonido seco, de borbotón que revienta antes de completar su ciclo.

Fulton se llegó junto a él, alarmado.

—Es una temeridad intentar el aterrizaje. La cubierta exterior de la astronave no lo resistiría.

—Corremos el peligro de volatilizarnos, ya lo veo... Esta asombrosa temperatura reduciría cualquier metal a materia gelatinosa.

Hubo un corto silencio. Después...

—¿Qué hacemos?

Fulton estaba asustado. Le temblaba la voz.

—Dígale a Curtis que comunique con la Tierra y les explique nuestra situación. Es imposible tomar tierra.

Poco después regresaban los dos científicos.

—La tierra no capta nuestra onda.

Un gesto de contrariedad talló por breves instantes el rostro de Weber.

—Está bien. Permaneceremos aquí hasta que logremos comunicar... Mientras tanto, haremos algunas experiencias.

Los tres fueron hacia la escotilla, contemplando el planeta. Permanecieron pegados al cristal por espacio de un cuarto de hora, sin decir una sola palabra, mudos, cada uno concentrado en la idea o ideas que la visión del paisaje despertaba en su interior.

—¿Qué les sugiere todo esto?

—Se desprende a simple vista que es imposible toda manifestación de vida. Esto es un horno sólo comparable con el Sol.

Curtis remachó las palabras de su compañero Fulton.

—Observen ustedes la periferia... No se observa el menor indicio de flora... Y mucho menos de fauna. Tampoco debe de existir mineral de ninguna clase, pues el planeta está en constante ebullición.

—Es probable que existan minerales. Pero el tremendo calor los reduce a pavesas en pocos momentos.

Intentaron comunicar con la Tierra. Esta vez, luego de unos instantes en que parecía que no iban a lograr su empeño, lo consiguieron.

El propio Barker, pasado un cierto tiempo, les habló:

—¿Qué ocurre?

Weber le puso al corriente en breves palabras, pero procurando transmitirle todo el dramatismo del espectáculo que poco antes contemplaban.

La respuesta de Barker fue concreta.

—Procuren averiguar la composición atmosférica del planeta y regresen.

—Lo intentaremos.

Cuando se hubo cortado la comunicación, Weber se volvió hacia sus compañeros.

—Ya lo han oído. Haremos lo que podamos.

Prepararon los aparatos. Cuando todo estuvo listo, Weber se dispuso a abrir la portezuela.

Fulton consultaba la presión, mientras Curtis hacía lo propio con la temperatura. Weber era el encargado de averiguar los gases que formaban la atmósfera de «Satán», así como la cantidad en que entraban a formar parte cada uno.

Un turbión de viento abrasador les dio en pleno rostro.

—¿Temperatura?

—Ha subido quince grados.

—¿Presión?

—Se mantiene.

Weber, al tiempo que hablaba, manipulaba en los aparatos. El aire seguía penetrando con inusitada fuerza por la portezuela, abierta de par en par.

Curtis no cesaba de dar noticias.

—Cinco grados más.

Pasaron unos segundos y, al cabo de ellos, Curtis volvió a advertir:

—Sigue subiendo. Dentro de poco nos asfixiaremos sin remisión.

Weber era el más cercano a la portezuela. A la derecha, reclinado contra la pared de la astronave, se hallaba Fulton. Más al fondo, Curtis.

Un humo denso, pesado, ascendió hasta el orificio de entrada, dificultando la visibilidad.

Weber miró a sus compañeros.

—Ahora podremos averiguar algo... Aguantemos un poco... ¡Ah!

De repente, después del grito, se llevó las manos a la garganta, ante el asombro de Fulton y Curtis.

—¡Ah!... Pronto... Vámo...

—¿Qué le pasa, Weber?... ¡Diga algo, por Dios!

Los ojos parecían salírsele de las órbitas. Por la boca arrojaba una espuma, viscosa y amarillenta...

—Me aho...go...

Curtis fue el primero en reaccionar.

—¡Cierre la puerta! Es ese humo...

Fulton fue hacia ella. Cuando ya la tocaba con ambas manos, se detuvo. Retrocedió unos pasos, vacilante, como si estuviera borracho... Enseguida se aferró con ambas extremidades la garganta.

—¡Es fuego!... ¡Me están quemando por dentro!

Weber permanecía en el suelo de la astronave, al parecer sin sentido. Mientras Fulton perdía también la vertical, Curtis llegó hasta la puerta y cerró.

Nada más hacerlo, se llevó las manos a la garganta, abrió mucho la boca, sacó la lengua como si le estuvieran ahorcando... Lentamente, en tanto decía algo ininteligible entre dientes, se desplomo.

El apagado ruido de los motores se mezclaba con el claro y diáfano producido por el magma gaseoso.

* * *

Barker llegó muy de mañana a su despacho de Fifth Avenue, sede de la Sociedad Americana de Astronáutica. Pese a que se hallaba preocupado, debido al prolongado silencio de los expedicionarios, recordó que Patrick le había entregado una carta el día anterior, y se dispuso a leerla.

Antes de que pudiera extraerla del bolsillo se abrió la puerta, dando paso a Dunphy, el encargado de la radio.

—El profesor Weber quiere hablarle. Parece ser que no les han ido muy bien las cosas, por lo que me ha dicho.

—Vamos.

Apenas se hubo colocado los auriculares le llegó la voz de su colega, una voz apagada, cavernosa.

—Escuche, Barker... ¿Me oye?

—Le oigo perfectamente, Weber. Hable.

—No conseguimos analizar la atmósfera... Estamos enfermos... Nos ocurre algo extraño, como si una enfermedad desconocida se hubiera apoderado de nosotros... Nos hemos abrasado... Vamos hacia la Tierra.

—¡Sea más explícito, por favor! ¿Qué ha pasado?

—Ya se lo diré... Me fallan las fuerzas... Esperen nues...tra lle...ga...da...

—¡Oiga, Weber! Escúcheme... ¿Me escucha?

Sólo le respondió el silencio.

Se incorporó, depositando los auriculares sobre la mesa.

—¿Qué les ha podido ocurrir? —se preguntó, como si hablara consigo mismo. Enseguida volvió a la realidad—. Intente comunicar con ellos constantemente, Dunphy... He de avisar a Johnston, Lang y Terry.

En la habitación que el lector conoce se reunieron los cuatro media hora más tarde. Barker les narró la conversación sostenida con Weber, así como el fracaso de la misión que les encomendara.

Johnston no parecía darle importancia al suceso.

—Seguramente habrán experimentado el cambio atmosférico; pero se repondrán pronto... Si su tentativa no ha dado resultado, es que se necesitan instrumentos y equipos especiales para aterrizar en el planeta.

—Probablemente esté en lo cierto, Johnston— murmuró Barker—. Sentiría que les hubiese ocurrido alguna desgracia irreparable...

Walter Lang era también optimista.

—Todo se reduce a perfeccionar el material que poseemos, para que sea capaz de soportar la temperatura que reina en «Satán»... Y creo que lo

conseguiremos.

—Estimo que es más conveniente hablar de ello dentro de unos días... Ahora lo único que nos interesa es la próxima llegada de los infortunados expedicionarios.

—Tiene usted razón, Terry —concedió el director—. Ustedes tres irán a recibirlos. Estaré a la espera de sus noticias.

Cuando se disponían a salir, se abrió la puerta y entró una joven de singular belleza. Era morena, de estatura regular, cuerpo lleno, armónico, ondulante.

Minerva Tasson, secretaria del director, se encaró con éste.

—La señorita Fulton está al teléfono, señor. Desea saber el día y la hora de la llegada de su padre.

Los científicos intercambiaron una rápida mirada de inteligencia.

—No me parece muy prudente que salga a recibirle —alegó Barker—. Si vienen enfermos, le producirá una penosa impresión.

—Sí, eso creo —concedió Johnston—. Dígale a la señorita Fulton que no sabemos nada... Que ya le avisaremos el día de llegada, así como la hora, con suficiente antelación.

La belleza morena asintió levemente y salió.

—Ya lo saben ustedes, señores.

Barker, Lang y Terry aprobaron las palabras del director con un simple movimiento de cabeza.

—Saldremos para la base mañana, de madrugada.

La base de la entidad, donde se construían las astronaves, perfeccionándolas al máximo, se hallaban en las afueras de Nueva York, a respetable distancia. Desde ella partían los ingenios hacia otros planetas, en viaje de experimentación e investigación, y a ella llegaban, procedentes de los otros mundos.

Terry tomó familiarmente a Barker de un brazo.

—Esté preparado, profesor. Mañana pasaré a recogerle.

—De acuerdo. Estaré listo.

Y se despidieron hasta el día siguiente.

CAPÍTULO lII



RA cerca del mediodía cuando entraron en la base. Inmediatamente Barker se entrevistó con el jefe de la torre de mando, quien, a sus preguntáis, respondió:

—No hemos recibido comunicado alguno... Pero, según nuestros cálculos, llegarán a media tarde aproximadamente.

—Está bien. Avísenos así que lleguen.

Barker se reunió con sus compañeros. Walter Lang se hallaba preparando los útiles que consideraba podían resultarle necesarios. Lang, doctor en medicina, era el encargado de reconocer a los tripulantes, antes y después de cada viaje. Tommy Terry, por su parte, químico de brillante porvenir, era el más directo colaborador de Barker.

Los viajeros eran preeminentes personalidades en el mundo de las ciencias. Dan Weber estaba considerado como uno de los mejores botánicos de la nación. Dick Fulton estaba propuesto para el premio Nobel, en su faceta de zoólogo. Por último, Jim Curtis se había consagrado años antes como arqueólogo de reputada fama. Los tres, cada uno en su profesión, eran los encargados de llevar a efecto los viajes de investigación.

Poco después de comer subieron a la torre de mando. El radar no detectaba la proximidad de ninguna astronave, y el radiotelegrafista notificó que no conseguía entrar en contacto con los viajeros, pues estos no contestaban en absoluto a sus repetidas llamadas.

—Eso quiere decir que vienen enfermos —afirmó Lang, plenamente convencido.

—También pudiera ser que dos de ellos no puedan ni moverse, y el otro tendrá que atender a los mandos.

—Es posible —concedió Barker—. De una u otra forma, lo evidente es que no se encuentran en perfectas condiciones.

Sobre la pantalla de radar, surcada por finas líneas blancas, pasaba y repasaba un puntito casi invisible, produciendo un zumbido característico, algo muy semejante al que produce una bala.

El encargado, sentado frente a ella, no cesaba de mirarla, esperando sorprender de un momento a otro la presencia de la astronave.

—¿Nada?

—Nada, profesor Barker... Todavía no han entrado en la órbita terrestre.

El radio de acción del aparato no daba más. Por tanto, hasta que no entraran en el campo acción de la Tierra permanecería mudo.

—Avísenos en cuanto detecte su presencia. Estaremos en la cabina de mensajes.

—Descuide.

Era ya pasada la media tarde cuando, por medio del micrófono, les llegó la voz del encargado del radar.

—Atención, profesor Barker... Se acerca la astronave de los profesores Weber, Fulton y Curtis...

Al instante les llegó la voz del jefe de la torreta, dando órdenes a los encargados de las pistas.

—Preparen pista número doce... Preparen pista número doce...

—¡Por fin! —suspiró Terry.

Lang se puso en pie.

—Voy a prepararlo todo.

—Quizá necesitemos una ambulancia —insinuó Barker—. Voy a dar orden de que la tengan preparada.

Diez minutos más tarde, la astronave se perfiló en el horizonte. A medida que se aproximaba fue decreciendo su velocidad, hasta que se detuvieron los motores. Entonces, planeando, vino hacia la pista número doce, para posarse sobre ella con absoluta mansedumbre.

Varios hombres corrieron hacia ella. Los tres científicos se acercaron... Una ambulancia venía a toda velocidad por la pista, en dirección al lugar donde se había detenido el ingenio.

Durante unos minutos se produjo una tensa espera. Nadie daba señales de vida... Pero poco a poco fue abriéndose la puerta, recortándose en el vano la inconfundible silueta de Dan Weber.

Terry, más joven que sus compañeros, fue el primero en llegar junto a él.

—Mis compañeros viene enfermos... Yo también...

—¿Qué les ha ocurrido?

—Éste no es el momento de hacerles preguntas —dijo Lang con sequedad.

—Trasládenlos a la enfermería inmediatamente.

El médico era ahora quien llevaba la voz cantante. Todo el trabajo de Barker y Terry se reducía a esperar su diagnóstico.

En un «jeep» se trasladaron al edificio que hacía de enfermería. Mientras

Lang se colocaba la blanca bata realizó un breve cambio de impresiones con Barker.

—En cuanto termine de reconocerles, iré a informarles.

—¿Qué cree que pueden tener, Lang?

—Lo ignoro... Pero pronto lo sabremos.

—Estaremos en mi habitación.

La espera fue larga. Durante ella, Terry no cesó de pasear de arriba abajo, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Barker, más tranquilo, o más viejo para sentir el latido de la sangre más violento, permaneció sentado, con la cabeza hundida en el pecho, como si barajara pensamiento tras pensamiento, realizando con cada uno un examen exhaustivo.

Apenas hablaban, únicamente lo indispensable para manifestar su estado de ánimo.

—Tarda demasiado —decía Terry.

Flotaba un minuto de mutismo en la habitación. Luego...

—Calma.

... contestaba Barker.

El joven volvía a sus paseos, mientras Barker hundía cada vez más la cabeza, amodorrado de tanto barajar sus pensamientos.

De repente Terry se detuvo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Barker levantaba la cabeza, solo un instante.

—No lo sé.

Al fin se escucharon pasos en el corredor... Los dos centraron su atención en la puerta. El que llegaba era Lang.

En cuanto entró tuvieron la certeza de que algo grave sucedía. Barker se puso en pie con una agilidad impropia de sus años.

—Hable, Lang.

—Déjenme descansar, se lo ruego. En mi vida he pasado por una situación semejante, tan extraña, se lo aseguro.

Accedieron a la petición, bien que no de buen grado. Barker le indicó que tomara asiento, en tanto que Terry le ofrecía un cigarrillo, que Lang se apresuró a encender.

—Gracias. Lo estaba necesitando.

El cigarrillo, a medida que se consumía, tuvo la virtud de tranquilizarle. Los colores tornaron nuevamente a su rostro, antes pálido. Los ojos cobraron nuevo brillo, nueva vida.

Expelió el humo de una nueva bocanada, y dijo:

—Estoy confundido... desorientado... No sé, es la primera vez que tropiezo

con un caso así.

Barker se acodó en el respaldo del sillón que ocupaba el médico.

—¿Quiere explicarse, Lang?

—Les he reconocido detenidamente. Los tres presentaban los mismos síntomas. Les arde toda la piel, están febriles... He querido saber la temperatura que tenían, y el termómetro no la ha registrado... Pero, por simple cálculo, debe de ser aproximada a los cincuenta grados.

—¿Cincuenta grados? —le interrumpió, incrédulo, Tommy Terry—. ¿No será un cálculo demasiado exagerado, doctor Lang? Ningún ser humano soportaría esa temperatura.

—Sin embargo, nuestros compañeros la soportan... Y puedo asegurar, casi me atrevo a ello, que pasa de los cincuenta...

Barker dejó la postura anterior, para dar media vuelta al sillón y quedar frente al galeno.

—La insólita fiebre se explicaría admitiendo que han estado en contacto directo con la atmósfera de «Satán». ¿No le parece?

—Desde luego que sí... Al ser un planeta incandescente, su atmósfera, si es que la tiene, y el estado de nuestros compañeros nos demuestra que sí, determina un estado febril, desconocido hasta ahora por nosotros, los terrestres.

—En síntesis, doctor Lang... ¿Qué es lo que tienen?

Los ojos del médico se posaron con insistencia en la atlética figura de Terry, que en aquel instante encendía el doceavo cigarrillo.

—Seguramente mi respuesta les deje... no sé... digamos que desorientados, o más bien incrédulos... Si me lo permite su impaciencia, seguiré narrándoles el examen de que han sido objeto.

—Continúe.

—Después de comprobar que el termómetro no registraba la temperatura de ninguno, decidí hacerles un análisis de sangre, pese a que, bajo la piel, ardiente y dura, no se revelaba vena alguna... Introduje la aguja y, al cabo del rato, la saqué... La jeringa estaba vacía, por lo que supuse que no topé con la vena. Pero, a renglón seguido, repetí un buen número de veces la operación, obteniendo los mismos resultados... Solamente entonces, con gran asombro por mi parte, me di cuenta de que ninguno de los tres tenía una sola gota de sangre.

Esta vez la sorpresa de Barker y Terry fue eso, sorpresa. El joven arrojó el medio consumido cigarrillo lejos de sí, acercándose al doctor.

—¿Cómo es posible?

—También yo me hice esa pregunta, Terry... No obstante, los hechos eran aplastantes. No cabía otra solución que seguir examinándoles... Entonces los reconocí por rayos X, y no obtuve resultado alguno que pudiera revelarme la

naturaleza de su dolencia.

—Por tanto, ¿desconoce lo que tienen?

—Sí... Toda mi ciencia se ha derrumbado ante estos tres casos.

—¡Es algo insólito!

—¡Resulta increíble!

Lang se puso en pie.

—¿Me da otro cigarrillo, Terry? He olvidado los míos.

Cuando lo hubo prendido, murmuró:

—Efectivamente, desconozco la enfermedad que tienen; pero no es esto lo más pavoroso, sino lo que ha revelado el examen por rayos X... Créanme que me da miedo decirlo, porque pueden tildarme de loco... Y nunca he estado más cuerdo que en esta ocasión.

—Nada puede sorprendernos ya, después de lo que nos ha revelado.

—¿Usted cree, profesor?

—Ni siquiera el hecho de que no tengan sangre... Y creo que nada peor puede decirnos.

Lang sonrió, tristemente. Fue una sonrisa conmiserativa, una sonrisa que en otro momento hubiera sido de triunfo.

—La fiebre y el que no tengan sangre, apenas tiene importancia ante lo que voy a decirles... Al principio creí que los rayos X estaban deteriorados, es decir, el aparato; cuando me di cuenta de que estaban en perfectas condiciones, tuve que rendirme a la evidencia.

—¿Y esa evidencia es...?

Un breve silencio. Sn seguida...

—Que tanto Weber, como Fulton y Curtis... están vacíos; sólo conservan la epidermis de su naturaleza humana; pero todas las vísceras, músculos, arterias y venas han desaparecido... Los tres están vacíos; no tienen nada en el interior de su cuerpo.



CAPÍTULO IV

SI estaban las cosas cuando llegué a Nueva York. Me extrañó que no saliera a recibirme mi tío a la estación de Central Park; pero, como no era la primera vez que sucedía, le disculpé, pensando que se encontraba enredado en algún asunto importante.

Tía Agatha y tío Lewis eran mis únicos familiares. Quedé huérfano a temprana edad, y ellos se encargaron de prohijarme, desvelándose por darme una buena educación. Como no tenían hijos, yo hice las veces, llevándome todos los mimos y, también todas las regañinas, aunque en menor escala éstas que aquéllos.

En aquella ocasión llevaba mucho tiempo sin ir a Nueva York. Cinco o seis años aproximadamente. Es decir, que salí de la gran ciudad cuando contaba diecinueve.

Conservaba de mi estancia un grato recuerdo. Mis tíos vivían por aquel entonces en el barrio de Manhattan, en una casa de dos pisos, austera y residencial. Los muchachos de la calle, todos buenos amigos, solíamos hacer las diabluras propias de chiquillos... Quizá mi recuerdo más nítido fuera el de mi amigo Jimmy, un larguirucho enclenque, de gran simpatía. Él y yo nos escapábamos por la noche de casa y acudíamos a los cabarets donde daban espectáculos «burlesques». Sigilosamente, como tíos «descuideros» en embrión, penetrábamos por la ventana de los evacuatorios y nos introducíamos en el salón de baile, para ver a las jóvenes reinas del «strep teasing», por entonces muy en boga.

Al verme solo en la estación, opté por tomar un taxi, que me condujo al domicilio de mis familiares.

La criada negra, a la que no conocía, abrió unos ojos como platos al verme con las maletas. Debió creerse que buscaba hotel o fonda, y que me había equivocado, pues se dispuso a darme con la puerta en las narices... El pie derecho se lo impidió...

—¿Están mis tíos?

Sólo dudó un instante. A la mirada desconfiada sustituyó una sonrisa complaciente, que sirvió para dejar al descubierto unos dientes perfectamente níveos.

—¡Oh...! Usted es el señorito Gregory, ¿verdad? —al ver mi gesto de asentimiento, prosiguió—: Pase, pase, señorito, No le conocía, ¿sabe? Únicamente le había oído hablar a su tía de usted... Ella se alegrará mucho de verle...

La casa seguía como siempre al menos el «hall» y el trozo de salita de estar que divisaba desde allí.

Tía Agatha me dio un abrazo de oso, tal era su cariño hacia mí. Enseguida me miró y remiró una y otra vez, hasta que se convenció de que mi estado de salud era perfecto.

—¿Pero cómo no has avisado? Pasa, pasa... Mildred te preparará café caliente... ¡Vendrás cansado!

—No quiero tomar nada, tía Agatha. He cenado en el tren... ¿Y tío Lewis?

—No me hables de ese vejestorio... ¿Dónde quieres que esté? Metido

siempre entre sus librajos. Es lo que yo le digo: Déjate ya de esos menesteres, y dedícate un poco más a ti mismo, que ya eres viejo y no estás en condiciones de rendir lo mismo que un joven... Pero no me hace el menor caso, hijo...

Sonreí. Tía Agatha seguía con la manía de quejarse siempre de las actividades de su marido. No le consideraba en condiciones de seguir adelante en su profesión, por creerle casi con un pie en la sepultura.

—Bueno, tía... Veremos si ahora que he venido, le hago cambiar... Aunque tío Lewis no es fácil de convencer.

—Dímelo a mí... Ahora está bastante preocupado... No ha querido decirme lo que le ocurre, pero le conozco demasiado, y sé cuándo algo le trae de cabeza, como en esta ocasión.

—Bueno, tía. No vas a decirme que no sabes nada de nada, ¿verdad? Estoy seguro que algo sospechas.

—¡Claro que sospecho! Hace cuestión de un mes estuvo en Neptuno, en viaje de carácter oficial. Cuando regresó, no parecía el mismo... Pero se limitó a decirme que había hecho un descubrimiento que podía ser importante... No creo que aquello tenga relación con lo de ahora.

—Procuraré sonsacarle, y te lo contaré, no te apures.

Tía Agatha, como toda mujer, era curiosa aunque quizá en ella esta curiosidad estuviera más arraigada de lo normal. Seguramente, tal como decía, debido a la edad y a las pocas distracciones que su marido le daba.

Tío Lewis llegó media hora más tarde. También se sorprendió de verme. Luego de los saludos de rigor, me dijo:

—Sigues siendo el de siempre, Gregory... Te presentas de la noche a la mañana, sin avisar, sin poner unas letras siquiera...

—Esta vez te equivocas. Ya le he dicho a tía Agatha que te escribí... Supongo que se habrá perdido.

Pareció recordar, pues introdujo la mano en uno de los bolsillos y extrajo un sobre, sin abrir.

—¡Caramba, qué memoria la mía! Hace varios días que la llevo en el bolsillo, y nunca he tenido tiempo de abrirla... Tendrás que perdonarme, querido sobrino, pero últimamente han sucedido hechos... extraños, que, lógicamente, reclaman toda mi atención.

—Ya me dijo tía Agatha que te encontraba preocupado estos días atrás... ¿Es grave?

Ni siquiera en su domicilio, Lewis Barker dejaba de ser el famoso físico. Parecía estar siempre pensando.

—Bastante, sí —me respondió al cabo—. Hablaremos con más tranquilidad después de la cena. No quiero que Agatha se entere. Ya sabes cómo es. La noticia podría impresionarla, y no es conveniente.

—¿Acaso está enferma?

—Achaques de vieja, aun cuando se resigne a serlo... Tiene hipertensión.

Durante la cena, tío Lewis se interesó por mis actividades. Le di cuenta de ellas, así como de mi estancia en Chicago, ciudad más tranquila que Nueva York, más con aspecto provinciano.

Una vez que terminamos, me hizo pasar a su despacho. Ante sendas humeantes tazas de café, comenzó a decirme:

—Todo este asunto dio principio con ocasión de cierto viaje que hice a Neptuno, en el transcurso del cual descubrí un nuevo planeta, al que bauticé con el nombre de «Satán»...

Y me narró lo que los lectores ya saben.

Al concluir, no pude por menos de mirarle fijamente. Debía bailar en mis ojos una luz de asombro, pues se apresuró a decir:

—Sí, ya sé que parece increíble, mucho más para un profano en la materia pero es tan cierto como que tú y yo estamos ahora aquí, en este despacho.

—Te creo, desde luego... Pero me resulta difícil de creer que esos colegas tuyos estén vacíos... Lógicamente, de ser así, deberían estar muertos.

—Sin embargo, viven. Ninguno de ellos ha hablado desde que recuperó el conocimiento. Se diría que permanecen en un estado estacionario.

—Yo no sé lo que tu ciencia ha dictaminado para explicar el caso, pero ateniéndome al sentido común, te digo que esos hombres están muertos. Ningún ser mortal puede vivir sin corazón, sin vísceras.

—Tus razones son convincentes, Gregory... Pero no debes olvidar que han estado en otro planeta, en un planeta desconocido.

—¿Qué quieres decir?

—Solamente que nada sabemos de él... ¿Acaso es imposible que la atmósfera de «Satán» haya sido la causa de que permanezcan en semejante estado? No lo afirmo «a priori», pero tampoco lo niego.

—Según tú, esa atmósfera produce o es la causante de la desaparición de todas las vísceras corporales, pero respeta la vida, ¿no?

—Algo parecido.

—Entonces, si pensamos así, no cabe la menor duda que el principio vital de todo ser humano no reside dentro de él. Sobra, por tanto, el corazón y el cerebro.

Le vi sorber de la taza con marcado aire pensativo. Al parecer, mis palabras le ponían en grave aprieto.

—La cuestión es harto delicada y espinosa. Tus razonamientos son de una lógica aplastante, te lo concedo. Contra ellos, actualmente, nada puedo oponer. Sin embargo, es preciso dejar margen a la sorpresa... Todo problema tiene un razonamiento, un razonamiento que, según se haga, nos conducirá a

la solución verdadera o falsa. Por ahora, llegamos a la falsa... Pero algún día, quizá no tardando mucho, demos con la solución verdadera.

No quise insistir. En parte, por haber agotado mis recursos de tipo más o menos científico, y en parte por reconocer que sus asertos estaban basados en una hipótesis que muy bien podría convertirse en realidad.

—¿Sabe alguien más lo que ocurre?

—Apenas nadie. Sólo el director y dos de mis colaboradores: el doctor Lang y el químico Terry... Y ahora tú...

—¿Y qué habéis pensado hacer?

—Todavía nada. Los tres viajeros están recluidos en la clínica particular del doctor Lang, aislados del resto de los enfermos. Dos enfermeros los vigilan día y noche.

—Por lo que veo, no pensáis decírselo a las autoridades.

—Antes tenemos que llegar a una conclusión satisfactoria. Además, ninguno de los tres constituye peligro... Tampoco saben nada sus familiares.

No me sorprendió lo más mínimo. En las mismas circunstancias hubiese hecho igual. No obstante, opuse:

—Pero no podréis engañarles por mucho tiempo. Día llegará en que no tendréis más remedio que decírselo.

—Sí. Pero, mientras tanto, intentaremos explicarnos qué es lo que les ocurre, así como las causas de la extraña enfermedad, por llamarla de alguna manera.

Reinó el silencio por espacio de algunos minutos. Durante ellos, tío Lewis terminó el café. Por mi parte, prendí un cigarrillo, arrellanándome todavía más en el cómodo butacón.

—Me gustaría seguir de cerca los acontecimientos —le dije—. Tengo un mes de vacaciones, pero ya sabes que la inactividad me aburre.

Me miró con sus ojillos miopes, como si no diera crédito a lo que escuchaba.

—Te encuentro muy cambiado, Gregory... Antes no dejabas a una chica en paz, te pasabas las vacaciones coleccionando muchachas bonitas.

No pude evitar una sonrisa.

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces, tío. Ahora soy otro... Claro está que sigo sintiendo debilidad por las faldas, pero...

—Está bien. Ya que no quieres pasar unas vacaciones aburridas, te daré trabajo... Más te advierto una cosa: No permitiré que lo abandones.

—Trabajaré las veinticuatro horas del día. El asunto es apasionante.

—Está bien. Mañana vendrás conmigo a ver a los enfermos.

* * *

Apenas entramos en el edificio de la Sociedad Americana de Astronáutica, vino hacia nosotros una joven de singular belleza. Tío Lewis me dio un codazo y susurró:

—Es la secretaria del director. Ten cuidado con lo que dices —y continuó, dirigiéndose a la joven.

—Buenos días, Minerva... Mira, te presento a mi sobrino Gregory... Ya me habrás oído hablar de él alguna vez.

La beldad morena tenía una voz pastosa, grave, no carente de musicalidad.

—Sí, ya recuerdo. Encantada, Gregory.

—Es un placer, señorita... Mi tío jamás me habló de sus compañeras de trabajo. Si lo hubiera hecho, hace meses que habría tomado mis vacaciones.

Ella agradeció el cumplido con una cordial sonrisa. Mientras avanzábamos por el pasillo, no separó sus ojos de mi persona. Estaba llevando a efecto un examen ocular minucioso.

Una de las veces tropezaron nuestras miradas. Como mi tío estaba en «la luna», la guiñé un ojo, con todo descaro.

Minerva se puso más colorada que los sabrosos tomates de California. Pero en el fondo estaba complacida.

Poco después nos detuvimos frente a una puerta. La bella secretaria continuó pasillo adelante.

—¡Qué lástima! —dije en voz alta.

—¡Adiós, Minerva! —se despidió mi tío.

—Adiós.

Lancé un silbido suave, viendo la forma de andar que tenía.

—¿Ya estamos como siempre, Gregory? ¡Pero, hombre de Dios! ¿Es que no piensas sentar la cabeza nunca?

No quise responder. Era la única forma de que la filípica no se prolongase demasiado. En el despacho se hallaba un joven. Enseguida me lo presentó. Se trataba de Tommy Terry, al que ya conocía por referencias. Terry parecía tener los mismos años que yo, a juzgar por su porte juvenil. Me gustó su forma de ser, por lo que le tomé simpatía inmediatamente.

Él también debió quedar satisfecho de su examen, ya que estrechó la mano que le tendía con efusión.

—Tu tío me ha hablado mucho de ti, Gregory... ¿Permites que te tutee? Creo que eras un gran jugador de rugby.

—¡Oh! Un simple aficionado nada más Desde que salí de la Universidad no he vuelto a practicarlo.

—¿Ha llegado el doctor Lang? —cortó mi tío, con cierta brusquedad.

—Está en el despacho de Johnston, profesor... No tardará en venir.

Efectivamente, tal como dijera Terry, Lang no tardó en aparecer ni cinco minutos. Estrechó mi mano maquinalmente, al tiempo que hablaba con mi tío, de lo que deduje estaba tan preocupado como él.

Poco después salimos hacia la clínica. Terry llevaba el volante y yo iba a su lado. El joven me explicaba lo que era cada cosa que veíamos, ignorante de que no era la primera vea que visitaba la gran ciudad.

Cuando llegamos, un enfermero salió a recibirnos.

—¿Cómo están? —preguntó Lang, apenas se apeó.

—Igual que ayer, doctor. Siguen sin decir una sola palabra, pese a que en algunos momentos da la impresión de que quieren hablar.

—Bien. ¿Quién está con ellos ahora?

—Cadovan.

El aspecto que ofrecían los tres me sobrecogió.

Bien es cierto que hay pocas cosas capaces de impresionarme, pero, en aquella ocasión, no lo pude evitar. Era algo demasiado real, demasiado dramático para no encoger el ánimo del más valeroso.

La piel aparecía surcada por numerosas rayas, dándole un aspecto extraño, inconcebible, un aspecto de lámina de celulosa rota por diferentes partes. Además, estaba dura como el granito. Al tacto era repugnante. Al tocarla, sentí la impresión de que se trataba de un asqueroso ofidio.

—Ya lo ves —me dijo mi tío—. La epidermis está dura... Pero debajo de ella no hay nada, absolutamente nada.

Los ojos inmensamente abiertos del enfermo no cesaban de ir a uno y otro rostro. Eran unos ojos inexpresivos, muertos, vidriados.

Lang hablaba con el enfermero de turno.

—¿Alguna novedad, Cadovan?

—Ninguna, doctor.

—¿Han tomado el alimento?

—Sí, señor.

Los alimentaban a base de líquidos. El enfermero se encargaba de ello, pues ninguno de los tres podía moverse.

Tommy Terry se me acercó.

—Impresionante, ¿verdad?

—Todavía no me he repuesto —le confesé—. Resulta increíble pensar que ninguno de los tres tiene nada bajo la epidermis, que no les late el corazón, ni les corre la sangre por las venas.

—Sí, es penoso en extremo reconocerlo... ¡Pero es tan cierto!

La lamentación del joven me produjo un violento escalofrío. Sentí como si de repente una mano invisible me arañara la columna vertebral... ¿Qué se

podía hacer por aquellos tres seres? Era pavorosa la respuesta: Nada. Porque mientras los hombres de ciencia no supieran contra qué o quién lucraban, toda terapéutica resultaría inútil.

En aquel instante se abrió la puerta y penetró Minerva, acompañada de un sujeto provecto, que deduje sería el director de la entidad, como así era, en efecto.

Johnston no me concedió la menor atención. Fue derecho hacía la cabecera de una de las camas, en donde se encontraba Lang.

—¿Cómo siguen?

El galeno meneó la cabeza. ¿Fue un gesto conmiserativo o de impotencia?

—Igual... Pero hablaremos más tarde —e hizo un movimiento, señalando a Minerva.

—Minerva cree que tienen una enfermedad sin importancia... Ella no sabe nada de cuanto ocurre.

—No debió traerla —meditó mi tío—. Cuanta menos publicidad se le dé al asunto, mucho mejor.

La joven estaba impresionada. Ni siquiera escuchó lo que hacía referencia a ella. Tal era su abstracción.

—¿Quiere que salgamos...? Para ser gratuito, no es un espectáculo muy edificante.

Ella sonrió. ¿Tenía los ojos verdes...?

—Sí, es preferible que salga.

Sin embargo, antes de que alcanzáramos la puerta, se produjo un hecho raro. Cadovan, el enfermero, se llevó las manos a la garganta, abriendo desmesuradamente la boca...

—¿Qué le ocurre?

—Tengo ca...lor... Mucho ca...lor. Me aho...go...

Se vino al suelo, antes de que ninguno pudiera evitarlo. Por un instante, nos quedamos paralizados.

—¿Qué le ha podido ocurrir?

Mi tío fue el primero en ponerse en movimiento. Se agachó, auscultándole. Lang se le unió al momento, una vez que se repuso.

—Tendré que reconocerle.

Se incorporó y dijo:

—Por favor, esperen fuera... Usted, profesor Barker, quédese conmigo.

Durante la espera, ninguno pronunció una sola palabra. Johnston, que parecía el más tranquilo, o el menos humanitario, se acomodó en la butaquita de la pequeña rotonda, concentrándose en sus pensamientos. Tommy Terry no cesaba de fumar, expeliendo el humo con fuerza, una sola vez. Minerva estaba

junto a mí, apoyada contra la pared, y no se atrevía a levantar los ojos del suelo.

Aunque trataba de explicarme a mi manera lo ocurrido, no lo conseguía. Me faltaba conocimiento de causa para poder precisar el alcance del suceso. No obstante, una voz interior me decía que estaba relacionado con la enfermedad de los tres científicos. No sabía de qué forma, pero la corazonada no me abandonó ni cuando Tommy Terry se vino a mi lado, quizá para calmar su impaciencia, enfrentándola con la mía.

—Estamos en un callejón sin salida —murmuró—. Hay algo en todo esto que se nos escapa, que está por encima de nosotros, de nuestras mentes.

—Es posible que se trate de un simple mareo —repuse, aunque estaba muy lejos de pensar que fuera así.

—Una indisposición no dura tanto, a mi modesto saber y entender.

Ninguno de los dos nos quedamos tranquilos. Si lo que él pretendía era eso, no tuvo éxito. Por mi parte, sólo podría tranquilizarme mi tío. Tenía plena confianza en él.

Él y Lang tardaron algo más de media hora en salir. Estaban serios, más serios que de costumbre, con los músculos faciales agarrotados.

Tenía su informe.

Johnston se levantó rápidamente, saliendo a su encuentro.

—¿Qué?

—Hablaremos luego.

—Bien.

No hablaba a causa de Minerva. Me di cuenta en el acto. Por eso la tomé de un brazo, dirigiéndome hacia la salida.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Tras de nosotros venían los demás. Por el rabillo del ojo noté que Johnston no cesaba de gesticular, incrédulo ante las noticias que le iban dando Lang y mi tío. Sin embargo, Tommy Terry, más habituado, no daba muestras de excitación ni impaciencia.

Una vez en la calle, Minerva partió en el coche de Johnston. Mi tío vino hacia mí.

—Vamos.

En el interior del coche nos esperaban ya Terry y Lang. En cuanto me acomodé al lado del primero, volví la cabeza hacia atrás.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Todavía es pronto para decirlo; pero todo indica que se quedará como los otros.

—¿Quieres decir que...?

No me dejó terminar.

—Exactamente. Le hemos visto por rayos X, y se está quedando vacío.

La última frase sonó como un pistoletazo. Esperaba que me dijese que estaba vacío, al igual que los científicos, pero no que se estuviera quedando vacío.

—No te comprendo —dije, perplejo.

Ahora fue Lang quien me aclaró:

—Cadovan no tiene intestinos... Y pronto desaparecerán el resto de las vísceras.

No le podía dar crédito. El hecho presuponía que la destrucción se verificaba de forma lenta, de abajo arriba... Pero ¿cómo podía sobrevivir un ser humano? Era un suplicio sólo comparable a los de la Edad Medía... ¿Qué causa oculta operaba el milagro de que el ser humano no perdiera la vida?... Realmente, como dijera Terry momentos antes, estábamos en un callejón sin salida.

Nuestra situación era difícil.

Pasados unos minutos, pregunté:

—¿Adónde nos dirigimos?

—A nuestro centro... Tenemos que cambiar impresiones con Johnston... Creo que ha llegado la hora de poner en antecedentes del caso a las autoridades.

La medida me parecía oportuna. Si, como parecía, un peligro desconocido aleteaba sobre la raza humana, era preciso buscar la colaboración de las autoridades. Porque únicamente unidos se podría presentar batalla al enigma y desenmascararlo.

El coche frenó junto al bordillo, suavemente..

CAPÍTULO V



ESPUÉS de lo que hemos visto, no queda otra alternativa que avisar a las autoridades.

—En efecto, señor Johnston. Yo nunca supuse que la desconocida enfermedad pudiera ser contagiosa, hasta el punto de que se propaga con aterradora facilidad, lo que quiere decir que, a partir de este mismo instante, será peligrosísimo permanecer más de dos minutos junto a los enfermos.

—Entonces, doctor Lang, ¿usted cree que se trata de una enfermedad?

—Casi estoy por asegurarlo, profesor Barker. Como ha podido ver por medio de los rayos X, la mencionada enfermedad tiene una forma de desarrollarse muy parecida al cáncer. La única solución consistiría en dar con el germen patógeno que la produce... Pero ello es imposible al estar los hombres vacíos.

Mi tío me dirigió una de sus clásicas miradas, que lo mismo quería decir que tomara buena nota de cuanto oía, o que diera crédito a las palabras del médico.

Johnston ahuecó la voz. Al hablar parecía un hipopótamo.

—No es preciso que nos extendamos en más consideraciones, señores. Lo incuestionable es que el doctor Lang desconoce la clase de enfermedad que tienen nuestros colaboradores, por lo que resulta imprescindible avisar a las autoridades. El asunto, se lo confieso abiertamente, ha dejado de ser motivo de experimentaciones para convertirse en algo de sumo peligro... Y no quiero ser yo quien cargue con la responsabilidad.

—Por mi parte no tengo inconveniente en que se propague la noticia, pero

cuidando que no trascienda a la opinión pública.

Juzgué innecesarias las palabras de Lang, puesto que nadie había pensado en darla a los cuatro vientos.

—No trascenderá, descuide... Mi punto de vista, señores, disiente del suyo. Y les voy a explicar la razón de mi postura... No niego que nos enfrentamos con una enfermedad de origen desconocido, y que es punto menos que imposible dar con el remedio, por las causas antes dichas por el doctor Lang. Pero, a pesar de ello, es nuestra obligación seguir adelante, luchar con todas nuestras fuerzas, con todos nuestros medios, hacer cuanto esté en nuestra mano... Y, entonces, si no conseguimos nada, será llegado el momento de dar cuenta de lo sucedido a los organismos competentes.

Las palabras de mi tío produjeron honda impresión. Por espacio de unos minutos, nadie abrió la boca. Me daba cuenta que aquellos hombres estaban desconcertados, que eran presa de la incertidumbre. No confiaban en sus propias fuerzas, y por eso necesitaban que alguien acudiera en su ayuda.

—Lo que propone es muy arriesgado, profesor.

—Opino que no debemos complicar las cosas.

Tanto Johnston como Lang no deseaban seguir adelante. En cambio, Tommy Terry se mostró de acuerdo con mi tío.

—El profesor Barker tiene razón —dijo—. No debemos abandonar el asunto a las primeras de cambio. Considero que, mientras no veamos la absoluta imposibilidad de resolverlo, hay que continuar adelante, sin desmayos.

Como era neutral, nadie me preguntó de qué lado estaba. Mi respuesta, desde luego, hubiera sido favorable a mi tío, no por el hecho de serlo, sino porque consideraba su plan atinado... Nadie se rinda sin antes presentar batalla; al menos, nadie que se precie de emprendedor y valiente... ¿A qué rasgarse las vestiduras tan pronto, cuando ni siquiera habían intentado poner en práctica los recursos de que disponían?

Johnston, que era quien, en definitiva, tenía que decidir, permaneció pensativo durante más de cinco minutos. Al fin dijo:

—Está bien. Esperaremos unos días más. Si al cabo de ellos no hemos conseguido ningún adelanto, prevalecerá la opinión de Lang y mía... Nada más, señores.

Mientras nos dirigíamos a casa, mi tío no cesó de hablar.

—¿Ves lo que ocurre, Gregory? La menor contrariedad les apabulla. Me parece muy lógico que le suceda a Johnston, pero resulta extraño en Lang, sobre todo conociéndole como le conozco. Pero ha perdido la iniciativa de que hacía gala años antes. Dijérase que su ciencia envejece a medida que lo hace él... ¡En fin! Hemos conseguido unos días de plazo.

—¿Crees que se resolverá algo en ese tiempo?

Bosquejó un gesto de duda con la mano.

—¡Quién lo sabe!... Lo intentaremos.

Cuando nos apeamos, ya casi junto a la puerta, murmuró entre dientes:

—Procura que tu tía no sepa nada... He notado que está buscando el momento de quedarse a solas contigo para sonsacarte... Evítala, ¿eh?

—¿No te preocupes. Tía Agatha se morirá de curiosidad antes de que yo le diga lo que ocurre.

—¡Hum!... No te fíes de las mujeres, muchacho...

En las primeras horas de la tarde estuve haciendo compañía a tía Agatha, que no cesó un solo instante en su pretensión de saber cuánto ocurría. Pero permanecí mudo, cambiando de conversación cuando lo consideraba oportuno. Después salí a recorrer la ciudad, regresando a la hora de la cena.

Tío Lewis hacía tiempo que estaba en su despacho. A las preguntas que le dirigí, respondió con monosílabos, de lo que deduje que no había ninguna novedad.

—¿Piensas salir esta noche? —me preguntó mi tío, en tanto dábamos buena cuenta de los entremeses.

No lo había pensado. Pero la sugerencia me agradaba.

—Quizás... Pero si necesitas que te ayude...

—No, no... Diviértete, muchacho.

Mildred llegaba con la bandeja.

—Le llaman por teléfono, señor Barker.

Observé a mi tío. Frunció las cejas levemente, como si le sorprendiera la llamada... Se incorporó y salió de la estancia.

—Nunca puede cenar tranquilo, hijo. En cuanto se sienta a la mesa, le llaman por teléfono.

—No tiene importancia. Es lo corriente en su caso.

—¡Bah! Déjate de su caso... Si no se complicara tanto la existencia, hace tiempo que viviría tranquilo, retirado de todo.

Tío Lewis hizo acto de presencia. No dijo nada. Se colocó la chaqueta y se dispuso a partir.

—¿Quieres acompañarme, Gregory? Se trata de una reunión muy interesante.

Comprendí que algo nuevo sucedía.

—Iré contigo.

Tía Agatha comenzó a despotricar contra los amigos que llaman a horas intempestivas, contra la compañía telefónica y contra nosotros.

Mientras descendíamos la escalera, me dijo:

—Vamos a la clínica del doctor Lang... Nuestros colegas se han escapado,

han desaparecido.

—Pero... ¿cómo es posible? —pregunté, en el colmo de la sorpresa.

—Lo ignoro, únicamente me han dicho que acuda con toda urgencia...

—Pero, pero... Si estaban vacíos y no podían moverse, ¿de qué forma han podido escapar? ¡Es inconcebible!

Mi tío tampoco salía de su asombro. Más no tenía la menor idea acerca de lo que hubiera sucedido.

Pero en la clínica tampoco nos aclararon nada. Lang salió a recibirnos. Daba la impresión de ser un cadáver. Con el rostro demudado, pálido, y un círculo cárdeno en torno de los ojos, se apresuró a decirnos que el enfermero de guardia le había avisado media hora antes.

Al parecer, el enfermero montaba guardia en el pasillo, con orden de entrar a la habitación cada media hora, para vigilar a los enfermos. Una de las veces, cuando abrió la puerta, encontró las camas vacías, y la ventana abierta.

—Los hemos buscado por los alrededores —decía Lang a mi tío—, pero no hemos conseguido dar con ellos.

—Probablemente tuvieron tiempo de alejarse... ¿Ha avisado a alguien más?

—El señor Johnston y Terry no tardarán en llegar. No he tomado ninguna determinación, pues quería consultarles.

Tommy Terry llegó con la misma ansiedad que nosotros.

—¿Cómo ha sido?

Le proporcioné los escasos datos de la fuga, y pareció quedarse más tranquilo, a la espera de Johnston.

Éste demostró una vez más su vacilante personalidad. En cuanto se le puso al corriente, exclamó:

—¡Hay que dar cuenta inmediatamente a la policía! Esos hombres en libertad pueden resultar peligrosos.

—O puede que no —opuso mi tío, haciéndole ver la idiotez que acababa de decir.

—Escuche, Barker. Creo que hemos ido demasiado lejos en este asunto... Ha llegado el momento de cortar por lo sano.

Mi tío no le prestó la menor atención. Como si hablara consigo mismo, monologó:

—Pongámonos en el caso de nuestros compañeros, señores... Si han escapado, no lo han hecho para andar de ronda por las calles, ni tampoco para beberse unos vasos de «whisky». Es lógico pensar que los encontraremos en sus respectivos domicilios.

—¡Cierto! El profesor Barker ha puesto el dedo en la llaga... Cada cual ha ido a su casa.

Yo estaba de acuerdo con mi tío y Terry, por lo que me atreví a insinuar:

—Sería conveniente salir de dudas. Si permanecen charlando, se perderá lamentablemente el tiempo.

Lang se pasó a nuestro bando, inopinadamente.

—Iremos en su busca... Usted, Terry, vendrá conmigo a casa de Weber.

—Nosotros iremos al domicilio de Curtis —dijo mi tío, señalando a Johnston. Enseguida se volvió hacia mí—. Tú puedes ir en busca de Fulton, Gregory... Nos reuniremos dentro de media hora aquí.

En cuanto me dieron las señas, salí de estampida. No me costó trabajo encontrar un taxi, que me trasladó al domicilio de Fulton.

Vivía éste en una especie de casa de campo, de una sola planta, airosa y esbelta, circundada por un pequeño y cuidado jardín.

Llamé con cierta precipitación y nerviosismo. El timbre llegó hasta el último rincón de la casa, pero nadie acudía. Pasados unos segundos, repetí la llamaba... Esta vez tuve más suerte. Se oyeron pasos, unos pasos quedos que se aproximaban... La luz se hizo en el diminuto porche, dándome de lleno en el rostro... Y se abrió la puerta.

Nunca había visto yo una joven de tan relevantes prendas personales. Era hermosa sin alharacas, sin concesión alguna a los productos de cosmética. Limpio el rostro, los ojos y los labios, parecía una diosa pagana revivida. La bata se ajustaba al contorno sinuoso de su cuerpo, tallándolo como en un bloque de mármol. La rubia cabellera, de un rubio eléctrico, enmarcaba el perfecto óvalo, en el que uno no sabía si admirar los divinos ojos negros, profundos, húmedos, o los labios, ligeramente gruesos, mórbidos y tersos, bañados de un rojo suave excitante.

Era alta, pues me llegaba más arriba de los hombros. Me miró con sus ojos profundos, en los que lucía una llamita de extrañeza.

—¿Vive aquí el profesor Fulton?

Asintió.

—Aquí vive, sí... Pero él no está... Yo soy su hija.

Solamente en aquel preciso instante me di cuenta de que me hallaba en una postura bastante... desairada. Me habían encomendado una buena papeleta... ¿Cómo decirle el motivo de mi visita, si tenía plena convicción de que se hallaba en Neptuno, pues mi tío y sus colaboradores habían silenciado la triste vuelta.

Carraspeé varias veces, intentando dar con una explicación que no despertara recelo en la hermosa muchacha.

—Verá, es que... Pertenezco a la Sociedad de Astronáutica... Soy compañero de su padre, ¿sabe?...

Decididamente me estaba haciendo un lío. La señorita Fulton se dio cuenta de mi embarazo, pues me dijo, al tiempo que sonreía:

—Diga lo que sea... Aunque él no está, quizás yo pueda ayudarle... ¿Quiere pasar?

El pasillo terminaba en una salita de estar coquetona y moderna.

—Se trata de algo referente al profesor Fulton, señorita.

—¡Oh!... ¿Le ha ocurrido algo? ¡Hable, por favor!

Tenía pensada la mentira, y no dudé en soltarla.

—Su astronave llegó hace unas horas... Pero su padre y los demás tripulantes salieron de ella apenas tomar tierra y han desaparecido... Por eso he venido en su busca, pues hemos supuesto que estaría en su casa.

Ella tuvo un estremecimiento.

—Papá no ha venido por aquí, señor... ¿Por qué no me dice la verdad? Si le ha ocurrido algún percance...

—Esté tranquila. Le repito que nada sabemos...

Tomó asiento de forma maquinal, ocultando la cabeza entre las manos.

—¡Es terrible! Presiento que algo malo le ha ocurrido.

Lo adivinaba... ¿Quizás la voz de la sangre?

Todo delataba que Dick Fulton no había ido a su casa, tal como esperábamos. Sin embargo, tenía que convencerme. En su estado, muy bien había podido entrar sin que su hija lo advirtiera.

—Si me permite, registraré la casa. Quizás haya venido enfermo y usted no le sintió llegar —añadí.

Era una disculpa tonta, pero la joven no dijo nada, por lo que salí nuevamente al pasillo, deteniéndome frente a la primera puerta que encontré... Era la cocina... Nada de particular.

El cuarto de la joven todavía conservaba el calor de su cuerpo. Era de regulares dimensiones, muy femenino, decorado con delicadeza.

La última puerta, al fondo del pasillo, enfrente, por tanto, de la salita de estar que acababa de abandonar, era el dormitorio del científico. Apenas abrí, una ola de calor me dio en pleno rostro, un calor absorbente, sofocante.

—¡Diablos! —mascullé, tratando de dar con el conmutador de la luz, sin conseguirlo.

En el interior se escuchó un ruido característico... Escuché, asombrado. Parecía como si un neumático estuviera perdiendo aire... El leve silbido también podía anunciar la presencia de un ofidio.

—¡Señorita!

Vino hacia mí, a lo largo del pasillo, a velocidad de relámpago.

—Dé la luz del dormitorio, por favor... Me parece que...

No pude seguir. Ella había accionado el interruptor y la estancia se iluminó... No había nadie, ni nada parecido a un neumático o un ofidio... Pero

en un rincón, tirado descuidadamente, aparecía un traje de hombre.

Pregunté:

—¿Pertenece a su padre?

La joven no cesaba de mirarlo.

—¡Fue el que llevó al partir de viaje! Sí, éste es, en efecto.

Fui hacia él. Me agaché y hundí mi mano en el montón que formaban chaqueta, pantalón, camisa y ropa interior... Y la retiré, estremecido. Había tocado algo viscosos, frío, muy frío, repelente. Me entraron náuseas.

—¿Qué ocurre? —me preguntó sin moverse de donde estaba, apenas sin voz, pálida, muerta de miedo.

Separé la ropa de una patada...

—¡Aaaaah!

El grito espeluznante no me hizo volver el rostro... Estaba hipnotizado, mirando el inconcebible contenido del traje...

—Pero, ¿qué es esto?

Tras de mí sonó un choque... El cuerpo de la muchacha, desvanecido, yacía inerme en el entarimado...

Adiviné la caída de la muchacha.

Aun así, adivinándolo, no me volví... Yo seguía mirando fijamente el contenido del traje. Era una masa blancuzca, repugnante, cubierta en su parte superior por pelo...

No sé lo que sentí.

Quise decir algo, gritar, salir corriendo de allí, pero una fuerza invisible mantenía mis pies pegados al suelo, mirando la extraña masa informe.

Aquella extraña masa era lo que quedaba del científico Fulton... La piel, que era lo único que poseía, se había desinflado como si fuese un balón...

CAPÍTULO VI



OS maravillosos ojos negros se abrieron poco a poco, más húmedos que nunca, poniendo en los míos una mirada implorante, una mirada de gacela desvalida.

Acaricié los rubios cabellos con unción casi religiosa, tratando de serenar a la muchacha.

—Cálmese.

Mi voz acabó de volverla a la realidad. Quiso hablar, pero un sollozo quebró las primeras palabras en su garganta.

—¡Oh!... Papá... Muerto...

—Llore. Las lágrimas serán un sedante.

Era una frase muy de folletín, pero la consideré adecuada a la situación. Durante el tiempo que permaneciera sin sentido, tuve bien cuidado de hacer desaparecer la piel, lo que quedaba del que en vida se llamó Fulton. La había introducido en una pequeña caja, pues no tenía la menor duda de que mi tío desearía examinarla con todo detenimiento. Aparte de que la joven no hubiera soportado otra vez la horrible visión.

Seguía llorando silenciosamente, encogida en el sillón al que la trasladé, como una gatita asustada.

—Vístase, por favor... No puede quedarse sola en la casa.

—¡Oh, no! No quiero quedarme aquí...

Cuando estuvo preparada, abandonamos la casa y en un taxi nos dirigimos a la clínica del doctor Lang... Ninguno había llegado aún. El médico de guardia se encargó de atender a la atribulada hija de Fulton, llevándosela al consultorio.

Mi tío y Johnston fueron los primeros en hacer acto de presencia. Venían demudados, absortos. El primero traía bajo el brazo derecho un envoltorio.

—¿Tuviste la misma idea que yo? —le dije, a modo de saludo.

Y le mostré la caja.

—Has hecho bien en traerla... Desinflado, ¿verdad? —contestó mi tío.

—Sí... He traído a su hija. El médico de guardia está con ella. Ha sido un golpe muy duro.

—¿Vio... la piel?

Hasta las palabras contenían un hálito de repugnancia.

—No pude evitarlo. Fui el primer sorprendido.

Walter Lang y Tommy Terry llegaron un cuarto de hora después. Ni que decir tiene que su rostro reflejaba su miedo. No fue preciso preguntarles para convencernos de que también se encontraron con una piel... desinflada.

—Quiero que charlemos ahora mismo —bisbiseó Johnston—. En mi casa estaremos más cómodos.

—¿La hija de Fulton se queda aquí? —pregunté, sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía.

—La llevaremos a su casa —dijo Lang.

—No volverá allí por nada del mundo.

Mi tío, como casi siempre, tomó la última resolución.

—Llévala con tía Agatha, Gregory. En mi casa estará bien atendida.

—Pero tía Agatha se enterará entonces de todo —traté de oponer.

—Ya no hay nada que ocultar... Reúnete con nosotros en el ciento sesenta de Park Avenue.

Cuando llegué, luego de dejar en manos con mi tía a la joven, la reunión no había comenzado. La cocinera de Johnston nos preparó un exquisito café, así como unos estupendos emparedados, que quedaron intactos. Después de los postreros acontecimientos, nadie tenía apetito.

Lang marcó la pauta.

—He venido pensando por el camino en la enfermedad que ha terminado con nuestros colegas, y creo que puedo dar una explicación satisfactoria.

Todos le escuchábamos suspensos, inquisitivos.

—Como ya dije en cierta ocasión, la enfermedad es muy semejante a las de tipo canceroso. El bacilo que la produce penetra en el organismo y comienza su ciclo destructivo, haciendo desaparecer las vísceras, venas, arterias, hasta quedar la piel como único vestigio de configuración humana.

Se detuvo para tomar aire...

—Lo único que está fuera de razón —prosiguió— es el hecho de que los atacados puedan vivir un cierto número de días con tan sólo la epidermis. Éste es el punto oscuro de la cuestión, el punto que debemos aclarar.

—Lo intentaremos, desde luego... Pero, a mi modo de ver, existe una

dificultad... Muy bien podríamos pensar que, una vez muertos nuestros colegas, la cuestión se limitaba, como dice el doctor Lang, a descubrir el punto oscuro. Pero hay algo más. Esa enfermedad es contagiosa, se propaga con bastante facilidad, como hemos visto en el caso de Cadovan, el enfermero.

Tommy Terry, autor de estas palabras, había previsto lo que ninguno. El peligro de la enfermedad estribaba en su propagación. De poco podía servir que los tres científicos estuvieran muertos, si el germen patógeno se transmitía de unos seres a otros. No era, por tanto, lo más principal estudiar por qué vivían unos días con la piel, sino evitar que el contagio se extendiera... Y la única forma de evitarlo consistía en acabar con el enfermero, puesto que ahora solamente él seguía el mismo camino que los científicos.

Cuando expuse en voz alta mis pensamientos, hubo un gesto de repulsa en todos los rostros.

—¿Matarlo? ¿Sería usted capaz de hacerlo?

Soslayé la pregunta de Johnston.

—Entonces ¿piensan dejar que se propague la terrible enfermedad?

—No... Pero tampoco pensamos acabar con Cadovan, como usted insinúa. Prohibiremos que le vea nadie, y cuando muera, no sólo le enterraremos a él, sino también a la misteriosa enfermedad... Desaparecerá de nuestro planeta.

Era una posibilidad que no había previsto. Interiormente me llamé imbécil por el poco tacto que había demostrado.

—Tomaré las medidas oportunas para que nadie pueda verle —siseó Lang —. A partir de este momento, nadie entrará en la habitación.

—Hay que darle el alimento —le recordó mi tío.

—No, profesor Barker. Ha llegado, el momento de tomar resoluciones drásticas... ¿Qué pretende? ¿Qué se le alimente y el mal se propague al encargado de hacerlo? No, de ninguna manera.

—Habrá que esperar hasta el momento en que muera —murmuró Johnston —. Ya sé que es muy duro abandonar a un ser humano de la forma que lo hacemos, pero se trata de evitar que la mayoría de los terrestres sigan el mismo camino... La raza humana ha padecido muchas epidemias, pero ninguna como la que podemos desencadenar nosotros, si no procedemos con mano dura... ¡Es el destino de nuestro planeta el que está en nuestras manos!

—Yo me encargaré de que la enfermedad siga su curso sin posibles interferencias. Mientras tanto, los profesores Barker y Terry pueden realizar las primeras investigaciones en las pieles de los fallecidos.

Todos estuvieron de acuerdo con Lang. Al fin y a la postre, era la mejor solución o el mejor compás de espera. Lo imponían las circunstancias.

* * *

Siguieron unos días de absoluta tranquilidad. Confieso que me aburría soberanamente. Mi tío y Terry apenas se dejaban ver, trabajando día y noche

en el laboratorio. Lang, por su parte, no salía de la clínica, esperando el momento en que falleciera Cadovan.

Venus, que así se llamaba la hija de Fulton, se iba incorporando al quehacer cotidiano con lentitud, pero firmemente. Los desvelos de mi tía, su siempre frustrada maternidad, sirvieron para que prodigase a la joven los mismos cuidados que a una hija. Mildred era una buena auxiliar en esta labor.

Aquella tarde, poco antes de que anocheciera, llegué a Fifth Avenue, sede de la Sociedad Americana de Astronáutica, en busca de mi tío. Minerva, la espléndida secretaria morena, me recibió con una de sus clásicas sonrisas.

—Ha dicho que no se le moleste, Gregory. Crea que lo siento.

—Todavía sigue trabajando, ¿verdad?

—Al parecer, piensan quedarse toda la noche.

—¡Bueno!... Llevo unos días insoportables... No sé lo que hacer. Me encuentro como descentrado.

—¡Oh, por favor! ¿No irá a decirme que no sabe dónde ir?

Me la quedé mirando con fijeza. En mi mente acababa de madurar una idea. Había llegado el instante de pasarlo bien.

—Pues sí que se lo digo, Minerva... Hace muchos años que falto de la ciudad y, ya le digo, estoy descentrado... Por ejemplo, en Chicago no tenía nada más que llamar a cualquier amiga para salir a cenar... Pero aquí...

—¿No conoce a ninguna chica?

—A ninguna... Bueno, la conozco a usted, pero no me atrevo a pedirle que cenemos juntos porque ignoro si tiene compromiso.

La había llevado al terreno que me proponía sin que se diera cuenta. Sólo me restaba conseguir que aceptase.

—No tengo ningún compromiso, Gregory.

—¿Acepta entonces?

Una breve pausa. Pensaba.

—¡Hecho!

Media hora más tarde nos hallábamos frente a frente, separados por una mesita, en uno de los más lujosos «dancing» de Broadway. Mientras engullíamos los alimentos, con excelente apetito por ambas partes, solamente cambiamos las palabras de rigor. La cocina del local era magnífica, a tenor del guiso que ocupaba toda nuestra atención.

—¿Conocías «La hora azul»?

—¿Cómo?

—Este local se llama así... Te pregunto que si lo conocías.

—¡Ah!... No, es la primera vez que vengo. Un lugar encantador, por cierto.

Y seguí comiendo.

Al concluir, la ofrecí un cigarrillo. Mientras se lo encendía, la observé con detenimiento. Era una mujer capaz de colmar al más exigente. Además sabía

comportarse en todo momento de acuerdo con él. Resultaba grata su compañía.

—Llevo varios días —comenzó a decir— tratando de averiguar lo que ocurre, Gregory. Encuentro a tu tío y a los demás preocupados, como si tuvieran entre manos un asunto de vital importancia.

Si esperaba que le contase cuanto sabía, perdió el tiempo lastimosamente. No estaba dispuesto a relatar los sucesos acaecidos, y mucho menos a una mujer.

—Sí, eso me parece a mí también. Mi tío lleva unos días que no es el mismo de otras veces.

—¿Y no te ha comunicado nada?

—En absoluto... ¡Pero al diablo los asuntos de los demás!... La noche se presenta prometedora.

Algunas parejas bailaban ya. Minerva me cogió una mano.

—¿Quieres que bailemos?

Era un bailable lento, lánguido. Estreché a la joven entre mis brazos, sintiendo muy cerca su rostro del mío. La monotonía del ritmo que interpretaba la orquesta prestaba al ambiente un cierto aire de intimidad.

—Minerva —susurré en su oído.

Se dejaba llevar admirablemente.

—¿Qué?

—Me gustas.

Ella levantó los ojos, fijándolos en los míos.

—¿Tan pronto?

¿Era burla o sorpresa?

—Nunca es pronto para el amor.

—¡Oh!... ¿Vas a hacerme una declaración en regla?

—¿Te parezco demasiado... impulsivo?

Volvió a mirarme.

—Me pareces... adorable.

La estreché con más fuerza. Ella apretaba mi mano.

Poco a poco la pista se había ido llenando de parejas. El local se hallaba sumido en una discreta penumbra, a tono con la música, prestándole a ésta mayor encanto.

—¿Te has quedado pensativo? —me preguntó, muy quedo.

—No tengo motivos.

—Quisiera estar siempre contigo.

—Y yo contigo.

La orquesta, repentinamente, enmudeció. Nuestra conversación quedó rota; pero solo unos instantes, pues enseguida comenzó a tocar de nuevo.

—Gregory.

Le daba a mi nombre una entonación especial.

—¿Qué?

—¿Es cierto lo que me has dicho?

—¿Por qué crees que iba a engañarte?

—No sé... A veces los hombres...

—Ése es mi caso. Jamás digo una cosa que no siento.

—Nunca.

Tenía la impresión de que intentaba tomarme el pelo. Minerva me parecía una mujer moderna, mundana, una mujer que sabía lo necesario acerca de los hombres. En cambio, cuando la miraba a los ojos, variaba de opinión, porque leía en ellos inocencia, candor... Era desconcertante aquella mujer.

Alejé los pensamientos que le asaltaban. Era inútil que tratase de descifrarlos. Lo que contaba era el momento presente, ella y yo.

—No me has contestado.

—Perdona. ¿Qué decías?

—¡Y todavía dices que no estás pensativo!

—Te aseguro que no lo estoy.

Se apretujó más contra mí, mimosa, lagotera.

—En tus brazos no siento miedo.

—¿Por qué ibas a sentirlo?... Te encuentro muy extraña esta noche, Minerva. ¿Te ocurre algo?

—No sé... Tengo cargada la cabeza...

—Anda, vamos; te dejaré en tu casa.

—No, no. Se me pasará pronto.

Seguimos bailando en silencio. La notaba palpitar entre mis brazos, lo mismo que si fuera un diapasón... De repente:

—Bésame —dijo.

Pasó sus brazos por mi cuello... Me incliné, hasta que mis labios entraron en contacto con los suyos.

Me comunicó un fuego abrasador... Sus labios eran dos brasas... Y sus brazos se aferraban a mi cuello con inusitada fuerza, incluso con violencia, como si quisiera hacer eterna la caricia.

Un grito unánime, colectivo, taladró mis oídos. Fue un grito histérico, salvaje, un grito que afloraba del tuétano del terror.

La cabeza de Minerva había desaparecido... *Yo estaba abrazado a un ser sin cabeza, ya que ésta rodaba por la pista de baile..*

CAPÍTULO VII



RA el pavor colectivo... Gritos y carreras por doquier...

Histerismo...

Una voz potente, semejante a la de un dios, se elevaba por encima del maremágnum, gritando:

—¡Policía! ¡Policía!...

La cabeza yacía en la pista de baile, ya inmóvil, el resto del cuerpo se mantenía en pie, muy cerca de mí, que miraba alelado, imposibilitado de separar la vista de la dantesca visión... El cuello, en su parte superior, presentaba un limpio corte circular, un corte del que no salía sangre... Tuve la certidumbre de que Minerva estaba vacía, como los otros.

De pronto, por el hueco del cuello aparecieron unos seres horripilantes. Eran pequeños, en forma de flecha, de cabeza ligeramente cuadrada... Varios de ellos salieron proyectados hacia mí con la misma fuerza que una bala.

Solamente entonces tuve plena conciencia de lo que sucedía. Finté los mortales dardos, dejándome caer... Casi al instante, tras de mí, sonó un agónico lamento... Una mujer se derrumbaba, alcanzada en pleno rostro por los horripilantes seres. Éstos, en cuanto cayeron al suelo, quedaron inermes.

Pero por el hueco del cuello seguían surgiendo más y más... Infinidad de pequeños seres como culebrillas, que, al llegar al mismo borde, cobraban una rigidez espasmódica, saliendo lanzados en todas direcciones... Rostros y más rostros quedaron reducidos a masas sanguinolentas...

Varios policías hicieron acto de presencia, contemplando hipnotizados el cruel espectáculo.

—¡Disparen! —les grité.

No se movían... Uno de ellos cayó, alcanzado por el ser extraño.

De un salto me llegué junto a él, apoderándome de la metralleta de mano. Enseguida dirigí una ráfaga hacía lo que quedaba de Minerva...

Ante el asombro de todos, el cuerpo comenzó a desinflarse, quedando reducido a informe montón blancuzco.

Cuando reuní las fuerzas suficientes para acercarme, pude ver a los

temibles seres, que se debatían entre la piel, hasta quedar sin movimiento.

Un sudor frío me perlaba la frente. A mi lado, rostros deformes, presos del pánico, seguían absortos en la contemplación de... la piel.

En torno, por todas partes, los acompañantes se hallaban arrodillados, lloriqueando, junto a los que habían encontrado en su camino a uno de los seres que salían poco antes del cuello, sin interrupción... Era el caos.

—Tenemos que avisar a nuestros superiores —dijo un policía con un hililllo de voz.

En aquella situación, comprendí que nadie más que yo podía tomar las riendas.

—Que nadie toque, nada... Dejen todo como está... Usted avise inmediatamente.

También fui a la cabina telefónica, para ponerme en contacto con mi tío. Le expliqué muy por encima lo ocurrido, pues no era cuestión de perder el tiempo, sino de que se personara en el lugar cuanto antes.

Afortunadamente llegó antes que la policía, acompañado de Tommy Terry. En el «comptoir» les puse al corriente con todo detalle, de forma que cuando se personó la policía ambos estaban en condiciones de someterse a interrogatorio.

Mi tío estuvo hablando con el comisario-jefe más de una hora. Cuando salió nos dijo:

—Todo arreglado. El comisario nos permite que nos llevemos la piel y esos extraños seres que salieron de ella. A partir de ahora, trabajaremos conjuntamente.

La labor de «recolección» fue harto desagradable. Pero, al fin, todos los horribles seres, así como la piel, desaparecieron... Sólo quedaron los numerosos cadáveres producidos por ellos.

En el taxi, más calmado, le pregunté a mi tío:

—¿Tienes alguna explicación?

Esperaba una negativa rotunda. Por eso su respuesta me sorprendió:

—Creo que sí la tengo... Y muy distinta a la del doctor Lang... Usted, Terry, se quedará conmigo toda la noche. Tenemos que examinar detenidamente estos bichejos... Tú vete a casa, Gregory. Mañana daré cuenta de mis gestiones.

No dormí, pensando en lo que pudiera decir al día siguiente.

* * *

El insomnio había enrojecido sus ojos. En torno de ellos se marcaba un círculo cárdeno, sanguíneo, que los hacía más pequeños todavía. Sin embargo, la tensa conmoción producida por los últimos acontecimientos les prestaba redoblados bríos, una vitalidad compacta.

Johnston parecía cariacontecido. Era indudable que la pérdida de Minerva Tasson despertaba su sentimiento. Demasiado, quizá, para un hombre metalizado como era.

Lang permanecía mudo, junto a mí, jugueteando con la cadena del reloj, esperando el momento en que mi tío principiara su disertación o especie de disertación.

—Usted estaba equivocado, Lang —fue lo primero que dijo.

—¿Quiere explicarse, profesor Parker?

—El estado de nuestros compañeros no era producido por una enfermedad, como usted decía... Terry y yo hemos dado con la verdadera causa.

El joven colaborador apostilló las palabras de mi tío:

—Los experimentos efectuados en las pieles nos han revelado que no existe ninguna enfermedad...

—Voy a darles cuenta de las conclusiones a las que hemos llegado... Empezaré por orden cronológico, es decir, desde el momento en que nuestros colegas llegaron a «Satán».

No se escuchaba ni el vuelo de una mosca. Creo que hasta incluso conteníamos la respiración.

—Los profesores Weber, Fulton y Curtis tuvieron la primera dificultad al comprobar que no podían tomar tierra en el planeta, por ser éste incandescente. Entonces, como recordarán, establecieron contacto con nosotros, explicándonos las dificultades y solicitando órdenes... Les dije que intentaran analizar la atmósfera de «Satán» y que regresasen... Pues bien, en el intento de analizaría (sobre este punto albergábamos todavía nuestras dudas) ocurrió «algo» que dio lugar a su ulterior estado y luego a la muerte. Ese algo, incognoscible por ahora, muy bien pudo ser la propia atmósfera del planeta. La hipótesis de mi colaborador y mía es la siguiente: «Satán» tiene en su atmósfera un ácido gaseoso, cuya acción es corrosiva, destroza todo lo que se pone en contacto con él. Nuestros colegas, de una forma u otra (esto no viene al caso), se pusieron en contacto con este corrosivo, que penetró en sus organismos, dando lugar a lo que el doctor Lang llamó enfermedad. Este ácido, poco a poco, fue destruyendo las vísceras, las venas... hasta que solamente quedó la epidermis. Es decir, los dejó vacíos.

—¿No le parece un poco fantástica su explicación?

—No. Puedo demostrarle experimentalmente cuanto digo.

—En ese caso, ¿qué me dice de los extraños seres que salieron del cuerpo de Minerva?

—Anoche, Terry y yo estuvimos estudiando esa cuestión. Nos hemos convencido que esos seres, muy parecidos a nuestros protozoos, de pequeñísimo tamaño, están contenidos en las moléculas del ácido aeriforme, de la misma forma que podrían estarlo en una gota de agua. Pensando de esta

manera, cabe decir que penetraron en los organismos junto con el ácido, y allí se desarrollaron, hasta alcanzar el tamaño que tienen, en tanto el corrosivo llevaba a efecto su acción destructiva.

—¿Y cómo explica que aparecieron en el cuerpo de Minerva y no en el de nuestros compañeros?

—Fácilmente. Anoche también nosotros nos preguntamos lo mismo. Si no aparecieron en los cuerpos de nuestros colegas, fue debido al hecho de que los alimentamos. Estos alimentos líquidos los destruyeron. Pero no todos los alimentos pueden hacerlo, pues tenemos el caso de Minerva. La muchacha se alimentaba corrientemente y, sin embargo, los extraños seres no murieron. Ello nos llevó a pensar que existían ciertos alimentos, especialmente líquidos, que los destruían... A Minerva le ocurrió algo muy parecido a lo de los otros. El día que estuvo a visitarlos, penetró en su organismo un átomo o partícula atmosférica de «Satán», que inició en su organismo el ciclo que conocemos, al tiempo que los pseudoprotozoos se desarrollaban. Cuando éstos alcanzaron su madurez, salieren al exterior. Para ello, con una especie de sierra dentada que poseen, a modo de dientes, seccionaron el cuello... Entonces, rodó la cabeza. Ya libres, en contacto con nuestra atmósfera, experimentan una rigidez súbita y salen lanzados, como dardos, en todas direcciones. Lo cual nos demuestra que nuestra atmósfera les resulta nociva, los mata. De ahí su rigidez y su lanzamiento, para caer muertos casi inmediatamente. En cambio, mientras permanecen en el interior de un organismo humano, pueden desarrollarse en perfectas condiciones, ya que están respirando su atmósfera, la atmósfera de «Satán», representada por el corrosivo, que, como todo gas, llena el espacio hueco, manteniendo la piel tersa y dura... Estos pseudoprotozoos son muy difíciles de poner de manifiesto, puesto que los rayos X no delatan su presencia, como hemos comprobado.

—Todo parece muy claro, profesor Barker. No obstante, ¿quiere explicar por qué se desinflaron nuestros colegas?

—Desde luego, doctor Lang. El gas mencionado se mantiene en el organismo humano un cierto espacio de tiempo, que oscila entre los cinco y diez días. Pasados éstos, pueden suceder dos cosas: O bien que, como en el caso de Minerva, no se hayan destruido los pseudoprotozoos, y éstos salgan al exterior, o bien, como en el caso de Weber, Fulton y Curtis, que hayan sido destruidos previamente, mediante la administración de alimentos líquidos, ricos en oxígeno, en cuyo caso, el organismo se desinfla de la misma forma que lo haría un globo.

Los razonamientos de mi tío eran mucho más poderosos que los de Lang. A mi modo de ver no cabía la menor duda que se había acercado mucho a la realidad. Cuanto había dicho o algo muy semejante era cierto.

Johnston también estaba convencido. El único que albergaba dudas, a juzgar por su rostro, era Lang. Dudas que se iban desvaneciendo a medida que mi tío aportaba más detalles.

—¿Admite usted, por tanto, que el gas corrosivo se propaga fácilmente de un organismo a otro?

—Con suma facilidad. El caso de Minerva, por desgracia, lo corrobora.

—Siendo así el peligro que nos acecha es fácil de obviar. Basta con la muerte de Cadovan, el encierro. Ya no quedará ningún ser humano que sea presa de la atmósfera de «Satán».

—Así es. Pero necesitaríamos saber a ciencia cierta si no queda nadie en las mismas condiciones... Desde luego, el peligro, enfocado desde su punto de vista, doctor Lang, carece de importancia... Pero dentro de algunos años la tendrá, y mucha... Porque ese peligro puede significar la destrucción del Cosmos.

La terrible frase nos privó del habla. Nunca hubiéramos esperado nada parecido. Lo que acababa de decir significaba, poco más o menos, una muerte del Cosmos a plazo fijo.

—No comprendo el alcance de sus palabras, profesor Barker.

—Son ciertas... «Satán» está constantemente desprendiendo emanaciones gaseosas de su costra. Estas emanaciones, que contienen el ácido mencionado, van apoderándose poco a poco del espacio, de forma que llegará un momento en que alcancen a Neptuno, el planeta más cercano, y lo reducirá a pavesa. Luego vendrán los demás planetas, uno por uno... Todo esto ocurrirá de aquí a unos años, cuando la atmósfera del planeta se haya expandido por todo el espacio sideral.

Desde hacía rato, una terrible duda me asaltaba. Tenía miedo de confesarla, miedo de que descubrieran en mí... ¡No podía ser! Aunque el ácido pasase de un organismo a otro con vertiginosa rapidez, no era lógico que ya estuviera en mi interior... Yo también había estado en la habitación de los científicos, al igual que Minerva. Y ella estaba muerta, en tanto yo... Pero quedaba lo del domicilio de Fulton. Cuando penetré en su dormitorio, poco antes de que se desinflara, una ráfaga de aire abrasador me dio en pleno rostro... ¡Y estaba lo del beso! ¿Acaso no besé a Minerva poco antes de que sucediera... todo? Era pavoroso reconocerlo, pero había un noventa por ciento de probabilidades de estar a punto de quedar vacío...

Johnston habló por primera vez desde que se iniciara la conversación.

—¿Cuántos años cree que tardará en ocurrir?

—Es difícil calcularlo... Lo mismo pueden ser diez, que veinte o treinta.

—Para cuando llegue ese momento, nosotros habremos dejado de existir. Las generaciones que nos siguen son las que deben abordar el problema.

—Se equivoca. Moralmente hemos contraído esa obligación. No sería humano abandonar la lucha. Somos nosotros los que tenemos que afrontar el peligro y conjurarlo.

—¿Cómo? ¿Cree que está en nuestras manos conseguirlo?

—No lo sé... Pero dentro de unos días saldré hacia «Satán», para llevar a efecto un examen. Posiblemente me ocurra lo mismo que a nuestros colegas, pero es la única forma de luchar contra lo que se avecina.

—¡Se ha vuelto loco, profesor Barker! Nuestra misión consiste en evitar que aparezcan más casos como el de Minerva en nuestro planeta... ¡No tenemos la culpa de que «Satán» sea un sanguinario destructor!

—No, no la tenemos... Pero yo he descubierto ese planeta, señor Johnston, y me siento responsable de lo que puede ocurrir... Respeto su punto de vista, pero también deseo y espero que se respete el mío.

—Está bien. Puede hacer lo que más guste... Pero piense en las funestas consecuencias que su viaje puede acarrear... Si le ocurriera lo que a nuestros compañeros, la Tierra se poblaría de hombres vacíos y pseudoprotozoos.

—Lo sé. No obstante, iré a «Satán».

—Creo que el profesor Barker tiene razón —medió Tommy Terry—. No sólo se hace imprescindible ir a «Satán» por lo que ha dicho, sino para aclarar los puntos que todavía están oscuros de lo ocurrido a Minerva y a los demás.

—Creo que el profesor Barker y el señor Terry tienen razón, señor Johnston —dijo Lang, después de permanecer meditabundo por espacio de unos minutos.

—Pueden hacer lo que gusten, pero bajo su responsabilidad... El viaje traerá graves consecuencias, no lo duden.

—Usted, Lang, se quedará aquí, por si surgiera un nuevo caso como el de Minerva. Terry, mi sobrino y yo iremos a «Satán». Daré las órdenes oportunas para que lo preparen todo. Pasado mañana partiremos.

Después de esto, apenas se dijeron unas cuantas frases. La decisión más importante estaba tomada.

Cuando llegamos a casa, tía Agatha nos sometió a estrecho interrogatorio. Mi tío, pacienzudo, la puso al corriente.

—¿Y qué habéis decidido?

—Ir a «Satán».

En aquel instante entró Venus. Había oído los últimos proyectos, ya que, con voz melodiosa pero firme, anunció:

—Iré con ustedes.

—¿Ir con nosotros, Venus...? ¡De ninguna forma! No lo consentiré.

—Tengo derecho a saber lo que le ocurrió a papá.

—Desde luego que tienes derecho a saberlo. Pero no puedes venir con nosotros. Si descubrimos algo relacionado con tu padre, serás la primera en saberlo.

Todavía insistió, pero mi tío se mantuvo firme en su decisión.

—No insista, señorita —la dije, mientras salíamos de la habitación,

dejando en ella a mis familiares—. El viaje es peligroso, puede ser que ninguno volvamos.

—¿Cree que no sabría afrontar el peligro lo mismo que ustedes?

—Lo creo... Sin embargo, no es oportuno que venga una mujer, Venus. Compréndalo.

Guardó silencio. Me di cuenta que la negativa la contrariaba; pero en el fondo se hacía partícipe de los inconvenientes.

Además de hermosa, era una buena chica.

CAPÍTULO VIII



L segundo día de viaje, ya no podía contener mi impaciencia. Encerrado en la astronave, me daba la impresión de estar prisionero. Toda mi sangre joven se

rebelaba contra el obligatorio encierro, pero nada podía hacer para impedirlo. Para colmo, mi tío y Terry se pasaban el día estudiando, repasando teorías, leyes,..

Aquella noche, mientras cenábamos, les expuse la inquietud que me dominaba. Desde que supiera lo de que el terrible ácido se transmitía con gran facilidad, no conseguía pegar un ojo. Muchas veces me daba la impresión de estar ya vacío, y para convencerme me llevaba las manos a la piel, apretando contra ella... Sólo me tranquilizaba cuando sorprendía la presencia de una cavidad o un órgano.

Mi tío y Terry escucharon todo el relato sin interrumpirme. Al terminar, mi tío tomó la palabra.

—¡Eres demasiado aprensivo, Gregory! Pensando de la forma que lo haces, también nosotros tendríamos que estar vacíos.

—¡Pero vosotros sólo estuvisteis el mismo tiempo que yo en la habitación! Tened en cuenta lo de Minerva.

—Ya lo tenemos. Pero no es motivo suficiente. Ten en cuenta que nosotros hemos permanecido por espacio de días junto a las pieles... Eso siempre es peligroso. Y ya ves, no nos ha sucedido nada.

Las razones no eran suficientes para convencerme. Así se lo dije, aunque estaba seguro de que se reirían de mí.

—No debes preocuparte... Para otra vez, no obstante, procura reprimir tus manifestaciones... efusivas.

—No creo que lleves razón, tío. Minerva estuvo en la habitación cinco minutos, y ya ves lo que le sucedió.

—Minerva era mujer, Gregory; no lo olvides. Y una mujer, desde el punto de vista anatómico, es más débil que el hombre. Por tanto, era más fácil que la atacara el ácido a ella que a nosotros.

Aquella explicación estaba más de acuerdo con mi manera de ser y pensar. Instantáneamente, como si hubiera tenido los mismos mágicos atributos que un bálsamo, me sentí más tranquilo, desapareciendo mi complejo de «hombre vacío».

—Tienes razón —concedí, pues me gusta reconocer los méritos de los demás—. Pero estarás de acuerdo conmigo en que era preciso que te lo dijera.

—Desde luego. Hay que ser previsor, por lo que pueda suceder más tarde... Me alegro que se hayan desvanecido tus temores.

Comprendí que había terminado la charla. Me incorporé, acercándome a una de las escotillas. A través del cristal se divisaba el espacio. Daba la impresión de que estábamos colgados de él, de que permanecíamos siempre en el mismo sitio, sin avanzar ni retroceder. Sin embargo, la velocidad de la astronave era enorme.

—¿Cuándo llegaremos a «Satán», tío? —pregunté, volviéndome de

repente.

Me miró a través de los gruesos cristales de las gafas.

—¿Ya estás cansado?

Me conocía mejor que yo mismo.

—Era simple curiosidad.

—Dentro de dos días —repuso.

Enseguida se enzarzó con Terry en una animada discusión de tipo científico.

En la cabina de mandos se hallaban el piloto, el radiotelegrafista y el encargado de los diversos aparatos. Era con los únicos que podía charlar abiertamente, pues a ellos no les preocupaba ninguna cuestión de índole científica. Los tres parecían darse cuenta de que el viaje era importante, pero no podían precisar el alcance ni la verdadera importancia del intento.

—¿Cómo va eso? —dije, a guisa de saludo.

—Todo bien, señor Barker... Debe ser una experiencia interesante para usted este primer viaje.

—Desde Luego. Nunca creí que me atrevería a volar a otros planetas. Me gusta estar en tierra firme.

—Cuando regrese, no dirá lo mismo. Neptuno es un planeta maravillo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Cerca de dos días.

De repente, me di cuenta que tanto mi tío como el radiotelegrafista hablaban de tiempo como si en realidad éste tuviera razón de ser en el espacio. No estaba muy ducho en la materia, pero sabía que el concepto tiempo era un ente sin realidad en el espacio.

Así se lo hice ver. El buen hombre se echó a reír, como si hubiera escuchado el chiste más gracioso de su vida.

—Es claro que el tiempo no existe. Sin embargo, nosotros nos regimos por la medida horaria de la Tierra. Cuando decimos dos días, quiere decir que han de pasar cuarenta y ocho horas.

—Comprendo. Es que como le oí decirlo con tanta seguridad, pues...

—Son pequeñas triquiñuelas, señor Barker...

Seguimos hablando de diversas cosas, hasta que mi tío y Terry se unieron a nosotros. Entonces nos retiramos a descansar.

Al amanecer del segundo día, apenas me levanté me dirigí a la cabina de mandos. El radiotelegrafista me recibió con una sonrisita burlona, como si todavía se acordara de las preguntas que le hiciera.

—¿Se divisa ya Neptuno?

—Perfectamente.

—¿Y «Satán»?

—Es demasiado pronto. La atmósfera gaseosa que posee no permite verlo más que a corta distancia. Esta tarde llegaremos junto a él.

Después de comer me recluí en la sala-biblioteca, entreteniéndome en hojear un voluminoso tomo que trataba de los misterios espaciales.

Había llegado a interesarme el libro, cuando escuché unos golpes en la puerta, que se abrió enseguida, para dar paso al radiotelegrafista.

—Dentro de unos minutos avistaremos «Satán», señor Barker. Su tío y el señor Terry están ya en la torre de observación.

—Gracias —repuse, al tiempo que dejaba el libro en su sitio—. No quiero perderme el espectáculo...

Mi tío me cedió el lugar más destacado, desde donde se divisaba el espacio a la perfección.

—Permanece con los ojos bien abiertos. Nunca volverás a ver nada semejante.

Estuve a punto de replicarle que estaba harto de ver las películas futuristas de Robert Parrish, pero me callé, por temor a que me tomara en broma.

El espacio aparecía ante nuestros ojos borroso, difuminado. Densas nubes o especies de nubes, de formas caprichosas, se enlazaban y desenlazaban con vertiginosa celeridad. Apenas se veía más allá, de diez metros.

—Esta atmósfera la produce «Satán» —nos dijo mi tío a Terry y a mí, a modo de explicación—. Dentro de unos instantes se verá perfectamente.

La cortina de humo seguía dificultándonos la visibilidad. A lo lejos, dentro del espacio que podíamos ver, parecía como si se fueran diluyendo, aclarándose y deshaciéndose con la misma rapidez que se formaban.

De pronto, tal como dijera mi tío, todo apareció diáfano ante nuestros ojos. Terry y yo miramos en todas direcciones, buscando el gaseoso planeta, pero no dimos con él.

—Está bajo nosotros —aclaró tío Lewis.

Miramos... No, tampoco estaba allí.

—¡Infiernos coronados! —barbotó mi tío—. Esto quiere decir que el piloto se ha desviado de la ruta a seguir.

Enseguida se encaró con el eficiente radiotelegrafista:

—¿Qué rumbo llevamos?

—Norte-Este, profesor.

—¿Altura?

—Estamos a unos seis kilómetros por encima de «Satán».

Terry y yo seguíamos mirando, sin obtener resultado positivo.

—Tráigame el mapa.

El radiotelegrafista regresó al instante. Tío Lewis permaneció consultándolo por espacio de un cuarto de hora, llevando a efecto mediciones desde todos los ángulos imaginables.

Terry y yo, que hacía rato habíamos dejado de mirar, concentrábamos toda la atención en el trabajo de mi tío.

Al fin lanzó un gruñido y, lentamente, principió a doblar el mapa.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

Levantó los ojos, fijándolos en mí.

—Ocurre algo, sí... Algo que nunca supuse pudiera llegar a suceder.

—¿Es grave, profesor?

—Juzgue usted mismo, Terry... «Satán» ha desaparecido.

* * *

No sé si la sorpresa de Tommy Terry fue superior a la mía o viceversa. Lo cierto es que ambos nos miramos entre sí, confundidos, incapaces de pronunciar una sola palabra.

El radiotelegrafista también se había quedado mudo, mirando de hito en hito a mi tío, quizá con la esperanza de que éste se retractara.

Tío Lewis no concedió una sola mirada a nuestro rostro asombrado. Se volvió hacia el radiotelegrafista y le dijo:

—Dé las órdenes oportunas usted mismo. Regresamos a la Tierra... Y a toda velocidad.

—Bien, profesor.

Apenas desapareció, se encaró con nosotros:

—Ustedes vengan conmigo. Tenemos que hablar.

Le seguimos hasta la sala biblioteca. Tío Lewis se acomodó en una de las butacas. Terry me tendió un cigarrillo, que tomé maquinalmente, prendiéndolo de la misma forma.

—Es mejor que se sienten.

Cuando lo hicimos, comenzó a decir:

—He sido el primer sorprendido por la desaparición del planeta, pero no ha llegado a extrañarme, ya que era muy posible que pasara lo que ha ocurrido.

—Esta desaparición puede complicar las cosas, profesos Barker.

—¿En qué sentido?

—Pues... no sé... En todos...

—Usted no se ha dado cuenta de la gravedad que el hecho de la súbita desaparición presupone. Creo recordar que, en nuestra conversación, a raíz del descubrimiento de «Satán», expliqué cómo el planeta había llegado a situarse en la órbita de Neptuno, estableciéndose entre ambos un equilibrio, que

evitaba el choque del uno con el otro... En aquella ocasión dije, poco más o menos, que la enorme masa de «Satán» compensaba la atracción gravitatoria de Neptuno, estableciéndose el correspondiente equilibrio. A esta hipótesis mía, opuso el doctor Lang, no lo recuerdo con exactitud, pero creo fue él, la teoría de que si el equilibrio se rompiera, «Satán» entraría en colisión con Neptuno... Pues bien, el equilibrio se ha roto, y Neptuno no ha sufrido ninguna colisión, lo cual quiere decir que, por causas desconocidas, «Satán» ha escapado de su campo gravitatorio, y en estos momentos se encuentra circulando por el espacio.

—Eso demuestra que se trata de un planeta errante.

—Así es. «Satán», al desprenderse del Sol, permaneció girando en el espacio durante un cierto tiempo, hasta que llegó a la órbita de Neptuno y se estableció junto a él, en virtud del mencionado equilibrio. Una vez roto este, el planeta ha vuelto a girar por el espacio, y así continuará hasta que se sitúe en el campo de atracción de otro planeta... Al cabo del tiempo, volverá a girar, hasta encontrar nuevamente otro planeta, y así sucesivamente... ¿Saben lo que esto significa?

Por mi parte no tenía la menor idea. Estaba seguro, no obstante, que se trataba de algo sumamente grave, pero no conseguía adivinar la índole de esta gravedad.

Terry parecía darse cuenta de lo que mi tío estaba dando a entender. Aunque tampoco poseía conciencia plena.

—Significa —siguió tío Lewis—, que dentro de unos años, como ya dije, «Satán» destruirá al mundo.

Permanecimos silenciosos, ensimismados en la trágica realidad, tratando de buscar una solución.

—Podemos luchar contra «Satán», profesor Barker. Si, como usted dice, ha de situarse en la órbita de otro planeta, una vez localizado, buscaremos la forma de destruirlo.

—Es la única salida de que disponemos, Terry. Pero, ¿ha pensado que no será nada fácil volver a descubrirlo?

—Estaremos alertas. Daremos la voz de alarma a todas las naciones... Incluso se puede crear un cuerpo que se lance a la búsqueda del planeta, como sola misión.

—Pueden hacerse muchas cosas, desde luego... Y espero que alguna de ellas de resultado; de lo contrario... —y dejó en el aire la amenaza.

—¿La desaparición afecta en algo al asunto que nos trajo, profesor?

—No lo creo. Ya no hay temor de que surjan nuevos hombres atacados por el ácido de su atmósfera... En cuanto muera el enfermero, los terrestres podremos vivir tranquilos. Al menos mientras «Satán» no vuelva a reaparecer.

—¡Uf! —exclamé, aliviado—. Dentro de lo que cabe, las cosas tienden a

la normalidad. Antes de un mes, todo habrá terminado... Al menos, de momento —añadí.

—Pero el peligro sigue existiendo. En cualquier instante puede reaparecer... Y para que no ocurra, es preciso que trabajemos con todas nuestras fuerzas, poniendo en juego los medios de que disponemos...

—Lograremos conjurarlo, profesor.

Mi tío era tan optimista como Terry.

—Lo intentaremos. En cuanto lleguemos a la Tierra, prepararemos un plan de trabajo.

Terry y él se enzarzaron en la preparación de lo más indispensable. Por mi parte, decidí ir a charlar con los de la cabina de mandos. El asunto dejaba ya de interesarme, puesto que había concluido, aun cuando existiese la amenaza de que el peligro volviera. Pero la manera de obviarlo solamente estaba en manos de los científicos. Los demás, por desgracia, teníamos que permanecer cruzados de brazos, confiando que los experimentos llegaran a feliz puerto.

Además, era joven. Mi juventud no me dejaba ver más allá del presente. Para la juventud sólo cuenta el hoy... Quizá porque el mañana lo vemos muy lejos y erizado de dificultades... Pese a mi juventud, estaba en posesión de la verdad, de toda la verdad de cuanto había acaecido. No podía echarlo todo en el saco del olvido...

Dos días más tarde, sin que hubiera que registrar ninguna novedad de importancia, llegamos a la base. Enseguida salimos hacia Nueva York, rindiendo viaje poco antes del anochecer.

Terry, que llevaba el volante, se volvió hacia nosotros:

—¿Les dejo en casa?

Mi tío denegó en rápido movimiento de cabeza.

—Iremos al hospital. El doctor Lang no tendrá nada que decirnos: pero nosotros sí que tenemos.

Tío Lewis se equivocaba. El doctor Lang tenía una sola cosa que decirnos, una sola cosa, pero de una importancia extraordinaria. En cuanto nos recibió en su despacho, después de estrechar nuestras manos, dijo:

—El enfermero también se ha escapado.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace unas horas... La policía se ha personado en su domicilio, pero no ha ido por allí. Ahora prosiguen las pesquisas.

—Nosotros también lo buscaremos —anunció mi tío—. Haga venir a todos los enfermeros de la clínica, doctor Lang.

El asunto parecía complicarse nuevamente. Estaba visto que no iba a tener un solo día de vacaciones.

CAPÍTULO IX



IEZ minutos más tarde, todos los enfermeros de la clínica se hallaban en el despacho. Mi tío paseó su mirada por el nutrido grupo, de rostro en rostro. Luego, tranquilo, como si el hecho careciera de importancia, preguntó:

—¿Alguno de ustedes tenía confianza con su compañero Cadovan?... Como ninguno ignora —aclaró—, se hallaba enfermo y ha desaparecido. Lo hemos buscado en su domicilio, pero no ha ido por allí... ¿Pueden decirme algo al respecto?

La mayoría de los rostros se tornaron pensativos.

—Traten de recordar si alguna vez le han oído decir unas señas determinadas o algo por el estilo.

El primero en hablar fue un hombrecillo de pequeña estatura, al que todos llamaban familiarmente «Diminuto».

—Yo apenas le conocía, señor. Cadovan prestaba servicios en el primer piso.

—Entonces, ¿no sabe nada?

—En absoluto.

Un muchacho joven, de agradable presencia, se pellizcó el labio inferior.

—Cadovan es muy buen amigo mío, señor... Pero nunca le oí decir nada de particular. Incluso no sé dónde vive.

La voz de tío Lewis se hizo más potente.

—¿Ninguno sabe nada?

Hubo un ligero movimiento en el grupo. Un sujeto se abrió paso, hasta quedar frente a mi tío.

—Yo no sé si le servirá, señor, pero...

—Diga lo que sea.

—Verá... Hace poco le oí decir que pensaba pasar una temporada en casa de unos amigos. Según creo, viven en la calle River. Es uno de los muchos barracones que hay por allí.

—¿No dijo el nombre de esos amigos?

El otro se rascó el cogote.

—El caso es que... Creo que sí... Sí, estoy seguro. Se llamaban algo así como... Lawfen o Largen. Cadovan dijo que eran dos hermanos, amigos de la infancia.

—Está bien. Pueden retirarse todos.

En cuanto el último enfermero hubo desaparecido, se volvió hacia nosotros.

—Usted, Lang, trate de localizar el número en que viven los dos hermanos... En cuanto lo sepa, avísenos a mi domicilio. Estaremos allí.

—Bien, profesor.

—Hubiera sido más conveniente avisar a la policía —le dije una vez que el coche se puso en marcha.

—Deseo ver lo que le ha ocurrido o le puede ocurrir, Gregory. Si está con esos dos amigos, habrá que vigilarlos, en evitación de un posible contagio.

Tía Agatha nos recibió cordialmente. Enseguida, como una ametralladora, inició la serie de preguntas.

Tío Lewis la cortó de sopetón.

—Tenemos mucho que hacer, Agatha. Prepara café bien cargado. Es casi seguro que tengamos que salir.

Pero tía Agatha no era de las que abandonaban fácilmente. En cuanto dio el recado a la criada, volvió a insistir.

—¡Está bien, mujer! Te lo contaré todo... Gregory, en mi despacho hay dos pistolas. ¿Quieres traerlas?

Se hallaban en el cajón superior de la mesa. No me explicaba para qué las necesitaría, ni tampoco por qué las tenía en casa. Mientras las observaba, no me di cuenta que alguien acababa de entrar, hasta que oí decir:

—Buenas noches.

Me volví. Era Venus. Mi mirada se inundó de su presencia. La encontraba más bonita, si cabe, que la primera vez.

—¿Ya han vuelto? —preguntó, innecesariamente.

Guardé las pistolas en los bolsillos de la americana.

—Ya.

Vino hacia mí. Parecía preocupada, como si temiera escuchar alguna mala noticia. Por otro lado, la hallaba más tranquila, más conforme con la triste

suerte que había corrido su progenitor.

—¿Descubrieron algo?

—Nada... Es decir...

La puse al corriente en pocos minutos. No sabía a ciencia cierta por qué lo hacía, pero me gustaba hablarle, verla pendiente de mis movimientos, de mis palabras.

—¿Van a ir en busca del enfermero?

La suerte de Cadovan la preocupaba mucho más que el hecho de que «Satán» hubiera desaparecido. Quizás porque le recordaba a su padre.

—No lo sé.

—No sirve para mentir... He visto las pistolas.

—No pensamos llevarlas, señorita. Mi tío las acaba de pedir.

—¿Acaso piensan disparar sobre ese pobre hombre?

—De ninguna manera. Ignoro para lo que las quiere mi tío... No sería capaz de disparar sobre nadie, ni aún en las circunstancias que rodean al pobre Cadovan —la tranquilicé.

Se quedó silenciosa. Por extraña asociación de ideas, en tanto la miraba, recordé la noche de nuestro primer encuentro, cuando la tuve entre mis brazos, cuando acaricié sus cabellos...

—Venus —susurré.

Creía que me precipitaba; y aun así, era inútil que pretendiera evitarlo. Ella llenaba el despacho con su presencia. Los maravillosos ojos negros, más húmedos que nunca, se posaron en los míos.

—Durante este viaje tuve mucho tiempo para pensar —comencé a decir—. Ya sé que no es el momento más indicado, pero quizás no vuelva a tener otra ocasión como esta... Quiero decirle que...

Me corté bruscamente... Era fría, demasiado... ¿Cómo decirle que la quería, si yo mismo no estaba seguro?

—Es mejor que lo deje, Venus. Quizás mis palabras le hicieran daño.

—¿Por qué?

—Está todo muy reciente... Además, mi repentina determinación la sorprendería. Incluso podría pensar que me estaba burlando... Es preferible que se lo diga en otra ocasión.

Me dispuse a salir. La voz de ella me detuvo.

—¿Y si no hay otra ocasión?...

—La habrá.

Salí definitivamente.

Cuando llegué a la salita mi tío hablaba por teléfono, mientras Terry narraba a tía Agatha los últimos pormenores.

—Está bien, doctor Lang. Llevaremos cuidado. Usted permanezca en la clínica a la espera de nuestras noticias.

—Y eso es todo, señora Barker.

La criada llegaba con el café.

—¿Y qué piensan hacer ahora?

—¡Ah!, doctor Lang. No se olvide de poner en antecedentes al señor Johnston.

Tío Lewis colgó, reuniéndose con nosotros, que ya paladeábamos el negro líquido.

—Ya tenemos el domicilio de esos hermanos. Lang me ha dicho que se trata de dos individuos fichados por la policía...

—Seremos precavidos —dijo Terry.

—Desde luego. No creo que ocurra nada.

Una vez que terminamos el café, partimos hacia la calle River. Tío Lewis, en el coche, nos dio las pistolas, que momentos antes le entregara.

—No soy muy partidario de ir con armas, pero en esta ocasión pueden ser necesarias. Llévenlas ustedes.

La medida me parecía acertada. Con la pistola me sentía más tranquilo, dispuesto a afrontar cuantos peligros pudieran surgir.

Cuando llegamos a nuestro destino, no pude evitar un estremecimiento. Creo que a mi tío y a Terry les ocurrió otro tanto. Era una calle larga, arrabalera, tortuosa, con un deficiente alumbrado. Daba la impresión de ser punto de reunión de hampones y ganapanes, de tahúres y asesinos. Quien pasase por allí a altas horas de la noche, era presa segura. Tenía un noventa por ciento de probabilidades de salir en los periódicos al día siguiente. Y no precisamente por famoso, sino por dejar un hueco en el censo de los vivos.

—¡Hum! —gruñó tío Lewis—. No me extraña que estos sujetos sean unos camorristas.

Terry trataba de dar con el barracón.

—Debe de ser por aquí.

—Será mejor dejar el coche aquí.

No nos costó trabajo dar con la casa. Estaba en consonancia con la calle. Construida de madera, daba la impresión de estar a punto de caerse. En la fachada delantera, junto a la puerta de entrada, a la derecha, había una ventana, a través de cuyos cristales, algunos pegados con esparadrapos, se escapaba una luz vacilante, enfermiza.

En la estancia había tres hombres. Dos de ellos, a juzgar por el parecido, debían de ser los hermanos que buscábamos. Estaban sentados en torno de una rústica mesa, sobre la que se veían dos botellas y los naipes. Más al fondo, derrumbado sobre un taburete, estaba Cadovan.

—Todavía sigue en el mismo estado —dijo mi tío.

—Será por poco tiempo.

—Eso no importa mucho, ahora que hemos dado con él. Sin embargo, es posible que los que le acompañan estén contagiados... Tenemos que saber el tiempo que llevan los cuatro juntos.

Tío Lewis se acercó a la puerta y dio unos golpes.

—La puerta está abierta —gritó una voz.

Los tres jugadores se pusieron en pie en cuanto nos vieron entrar. No puedo decir si su gesto era amenazador o tranquilo, pues tenía concentrada toda mi atención en el enfermero Cadovan.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan aquí?

El tono era áspero. Deduje que nuestra visita no les resultaba agradable.

—Venimos en busca de Cadovan.

—¿Por qué?... Cadovan lleva varias horas con nosotros. Todavía no hemos conseguido hacerle hablar. Parece como si estuviera asustado... ¿Es que ha hecho algo malo?

—Nada. Su amigo se encuentra enfermo de cierta gravedad. Es una enfermedad que no le permite articular un solo sonido.

—¿Son ustedes policías?

—No tenemos nada que ver... Cadovan estaba recluido en la clínica donde prestaba sus servicios, pero consiguió escapar. Nosotros pertenecemos a la clínica, y hemos venido en su busca, para reintegrarle a su habitación.

—Parece que dicen la verdad... ¡Eh, Cadovan! ¿Conoces a estos señores?

El aludido ni siquiera pestañeó. Tenía los ojos fijos en un punto invisible de la pared y no movía un solo músculo.

—No dirá una sola palabra, no se moleste. Vuelvo a repetirle que se trata de una enfermedad...

—Sí, ya lo veo —le cortó—. ¿Y qué clase de enfermedad es esa?

—Sería muy largo de contar, y su amigo necesita de nuestros cuidados. En cuanto lleguemos a la clínica, lo atenderemos.

—Está bien. Pueden llevárselo.

Se acercaba el momento culminante. No sólo teníamos que llevarnos a Cadovan, sino también a los otros, para llevar con ellos un detenido examen. Era preciso convencerse de que el terrible ácido no había penetrado en sus organismos.

—Ustedes también tienen que venir con nosotros. Cuanto nos digan acerca de su amigo puede sernos de utilidad.

Mi tío interrumpió el curso de mis pensamientos... Ya estaba dicho... Sólo restaba que los tres se mostrasen de acuerdo.

—¿Acompañarles?... Un momento, amigos. Me parece que aquí hay gato encerrado... ¡Vamos, descubran su juego!

—Si son «polis» pueden decirlo... No pesa ningún delito sobre nosotros.

Los dos hermanos permanecían observándonos con gesto huraño. El otro no despegaba los labios, pero a juzgar por el fruncido ceño, no le gustaba en absoluto nuestra manera de proceder.

—No somos «polis»... Les ruego vengan con nosotros. Se trata de un simple trámite. No tienen que temer nada.

Los tres se miraron entre sí, meditabundos. Se notaba que las razones de mi tío no les convencían.

—No nos gustan los jeroglíficos, señores. Canten de una vez.

Tío Lewis no debió decirlo. Aquella frase marcaba el principio de una nueva forma de comportarse en los tres sujetos.

—Si no vienen, les obligaré.

—¿Obligarnos?

El otro hermano no perdía el tiempo. Rápidamente, antes de que pudiéramos darnos cuenta, extrajo una pistola del bolsillo trasero del pantalón.

—Me parece que estos señores vienen buscando camorra —murmuró, entre dientes.

El tercer individuo le secundó.

—Sí. A los tres les hace falta un ojal en la solapa, a la altura del corazón.

El lenguaje chulesco de que hacían gala desconcertó a tío Lewis que, instintivamente, ante la amenaza de las dos negras bocas de las pistolas, se echó hacia atrás.

—No compliquen las cosas —me creí obligado a decir, ante el cariz que tomaban los acontecimientos.

—Son ustedes los que pretenden complicarlas. Están jugando sucio... Y eso con nosotros no se hace, ¿verdad, hermanito?

El «hermanito» mostró la sucia dentadura al sonreír.

—Claro... Todavía no hemos comprendido por qué es preciso que vayamos con ustedes a la clínica.

—Se lo explicaré —dije.

La voz de mi tío me contuvo.

—No digas nada, Gregory. Sería peor.

—¡Pero no podemos estar así toda la vida, tío! Estos hombres desconfían de nosotros sin fundamento.

—Lo sé. Sin embargo, no podemos decirles nada. Recuerda que nadie debe enterarse.

Los tres nos miraban ahora como si estuvieran viendo visiones. Perdían la

paciencia por segundos. Dentro de unos momentos comenzarían a disparar... Teníamos que calmarlos.

—¡Hablen de una vez o les descerrajo un tiro!

Tommy Terry se había acercado a Cadovan y lo observaba. Su instinto científico era superior a todo, incluso a la tirantez del momento, pues parecía como si aquello no fuera con él.

—Cadovan está ardiendo, profesor Barker.

—Tenemos que sacarlo de aquí sin pérdida de tiempo. De lo contrario, le ocurrirá lo que a los otros.

Mi tío no deseaba que los tres sujetos se enteraran de lo que le ocurría a Cadovan. Si el aludido se desinflaba, los tres serían presa del pavor.

—¡Hablen! —volvió a insistir el que llevaba la voz cantante.

Y amartilló la pistola, apuntando a tío Lewis.

—No sean locos. No conseguirán nada disparando.

—¡Si no suelta la lengua, lo haré!

Terry rompió la tensión del momento, al gritar.

—¡Profesor! ¡Profesor!

Todos miramos a Cadovan... A mis oídos llegó el ruido característico, que ya conocía. El enfermero se estaba desinflando.

CAPÍTULO X



UNCA habíamos visto un espectáculo semejante. Bien era cierto que tanto Terry y mi tío como yo estuvimos a punto de presenciar cómo se desinflaban los científicos, pero no llegamos a tiempo.

Ahora estábamos viendo el espectáculo como si se tratara de algo increíble, como si fuera una imagen fraguada por mentes calenturientas, y que

esta imagen hubiera cobrado realidad, para situarse ante nuestros ojos.

Los tres facinerosos, por su parte, habían perdido el habla y el movimiento. Las pistolas que empuñaban resbalaron al suelo... Los brazos estaban caídos a lo largo de los costados... únicamente los ojos no se cansaban de mirar el terrible espanto.

No podía decirse por dónde perdía aire. Daba la impresión de ser por todos los poros del cuerpo... La piel, antes tersa, dura, se iba tornando blanca, deforme, arrugada... Los ojos, sin ninguna sujeción, se hundían más y más... Algo alucinante...

—Lo que me temía —musitó tío Lewis—. Ya no queda nada por hacer.

—Están estos hombres todavía —dijo Terry, aunque estoy seguro de que mi tío no se había olvidado de ellos.

Cadovan terminó de desinflarse ante los aterrados ojos de los indeseables. Era el mejor momento para apresarlos. Una vez que se rehicieran, sería difícil conseguirlo. Me acerqué a mi tío y se lo dije, en voz baja.

Terry desenfundó la pistola y los encañonó. Sólo entonces comenzaron a volver a la realidad.

—Levanten las manos.

Obedecieron... Secundé la acción de mi compañero, mientras tío Lewis recogía la piel de Cadovan para su posterior reconocimiento, como las anteriores.

—Vámonos.

La sorpresa nos esperaba en la puerta... Eran hombres habituados a las situaciones de peligro y tenían mil trucos para salir de ellas indemnes.

Uno de los hermanos se ladeó en movimiento aparentemente inofensivo. Cuando Terry y yo quisimos reaccionar, ya recibíamos un terrible manotazo en la mano armada.

—¡A ellos!

Me había inclinado a recoger el arma cuando recibí la brutal patada en pleno rostro. Caí hacia atrás, quedando sentado, medio inconsciente. Terry no tuvo mejor suerte. Entre los otros dos le propinaron una serie de rotundos golpes, que le hicieron salir a la calle a insospechada velocidad.

—¡A correr, muchachos! —dijo uno de ellos.

Volvía la lucidez... Tío Lewis dijo algo entre dientes... Terry se lamentaba, tendido en el arroyo... Los tres corrían calle abajo...

Recobré la pistola y salí. Terry, ayudado por mi tío, se estaba poniendo en pie. No perdí el tiempo. Mientras me lanzaba tras los fugitivos, grité:

—¡Sígueme, Terry!

No nos llevaban mucha ventaja. Pese a que casi apenas se veía, era difícil que pudieran burlarnos.

Los tres, al reparar en nuestra reacción, tomaron por un callejón, cuyo fondo terminaba en una valla de madera, de regular altura.

—Tened cuidado... Van armados —le oí decir.

Era la única ventaja. Sus pistolas yacían en el entarimado de la casa... Pero no era nuestra intención disparar... Nos interesaba cogerlos vivos.

—No dispares, Terry —le advertí, aunque sabía que no era necesario.

—Descuida.

Habían salvado ya el obstáculo que se oponía a su camino. Se trataba de una fábrica. Al fondo veíase el edificio principal, circundado por un extenso patio, que iba a morir en el lugar por dónde saltábamos.

Era un lugar oscuro. Se notaba que conocían los alrededores a la perfección. Sabían elegir el mejor camino.

—Los perderemos.

Corrían semiagachados diez metros delante en dirección a unos cobertizos, totalmente llenos de voluminosos fardos, cajones, cubas, bidones y otros adminículos... Pronto los perdimos de vista.

—Cuidado —dije, deteniéndome—. Pueden caer sobre nosotros en cualquier momento.

No se oía el más mínimo ruido. Estaban ocultos entre los fardos, a la espera de que nos confiásemos y fuéramos en su busca.

El rostro de Terry se atirantó. Me di cuenta a pesar de la escasa luz.

—Voy en busca de la policía. Quédate vigilando.

—No lo hagas. Si obramos con cautela, los cogeremos.

Le hice señas para que avanzase por la izquierda, mientras yo hacía lo propio por la derecha. Era una posibilidad remota, pero muy bien podíamos situarnos a sus espaldas, sin que lo advirtieran.

Terry fue el primero en desaparecer por entre los fardos y bidones. Entonces, pegado al suelo, alcancé el extremo del porche lindante con el patio y, amparado por los bultos caminé hacia donde el terrado terminaba.

Antes de llegar, un cuerpo humano se me vino encima como una catapulta.

—¡Ahora veremos lo que haces sin la pistolita, amigo!

Rodamos por el suelo estrechamente abrazados. La pistola, lejos de ser una ayuda, me perjudicaba en mis movimientos. Opté por dejarla caer, centrando toda mi atención en el ataque del individuo.

Se hallaba sobre mí, en favorable posición. Sus manos habían hecho presa en mi garganta y apretaba con furia demoniaca.

Contuve la respiración... Hice un esfuerzo supremo, accioné las piernas como si estuviera dando pedales, y conecté la cabeza en su testa, un poco más abajo del frontal.

Lanzó un juramento y unas cuantas frases procaces, revolcándose por el suelo... Del interior del porche me llegaba el ruido de lucha... Los otros dos atacaban a Terry.

Antes de que pudiera determinarme, ya estaba mi enemigo encima. Ágil como una pantera se lanzó a mis pies... Me dejé caer sobre él, magullándole el pecho brutalmente... Era un golpetazo capaz de acabar con un buey, pero la resistencia de aquel individuo debía de estar muy por encima, ya que no se inmutó.

La enorme mano derecha vino hacia mi cara... Traté de ocultarla inútilmente... Un terrible arañazo me produjo violento dolor en la mejilla izquierda... Al instante, salía sangre del reguerón... Se había llevado la piel y parte de la carne... Era un rival de cuidado, dispuesto a destrozarme con sus propias manos.

Antes de que volviera a la carga, me lancé sobre él, cayendo encima... Fue entonces cuando me dio en pleno rostro la ola de calor... Un calor sofocante, que provenía de la abierta boca de mi rival... Ya no quedaba duda alguna... El terrible ácido había hecho presa en su organismo... ¡Se estaba quedando vacío!

Me incorporé con toda la rapidez que me fue posible.

—¡Dispara sobre ellos, Terry —grité—. ¡Se están quedando vacíos!

La pistola estaba muy cerca. Cuando mi enemigo comenzaba a incorporarse la cogí, apuntándole... Estaba ya en pie... Me miraba... Creí sorprender una furia satánica en sus ojos... no lo dudé ni un segundo...

El disparo le alcanzó en plena frente. Dio unos pasos vacilantes hacia mí, tratando de aferrarme con sus extendidas manos, pero no pudo conseguirlo... Quedó inerme, muerto, a mis pies.

Terry proseguía peleando. Llegué a su lado muy oportunamente, pues su situación era desesperada. Los dos facinerosos debieron reparar en mi presencia, ya que se volvieron hacia mí, dispuestos a hacerme frente.

La amenaza que suponía la pistola les convenció de que era preferible poner pies en polvorosa... Pero no estaba decidido a dejarlos escapar.

Los dos disparos dieron con ellos en tierra... Me acerqué... Un hombre venía corriendo por el patio...

Cuando estuvo cerca, me di cuenta que llevaba una pistola, con la que me encañonó.

—¡Quieto!

Se trataba del vigilante.

—Eran tres tipos peligrosos —me creí obligado a decir—. Trataban de huir...

El otro me miró, desconfiado.

—¿Es usted policía?

—No.

—¿No?... Entonces ya contará lo que sea en la comisaría... ¡Andando!

Terry, ya recuperado, trató de hacerle ver que estaba equivocado. Pero no le prestó la menor atención.

—Déjenme de líos... A mí no tienen que contarme nada.

Mi tío hizo acto de presencia momentos después por el mismo lugar que nosotros. No venía solo. Le acompañaban varios policías.

—Todo se aclarará en el despacho del inspector —dijo—. Háganse cargo de los cadáveres.

El inspector escuchó a tío Lewis con el ceño fruncido. No le gustaba que nos tomáramos atribuciones que nos estaban vedadas.

—Escúcheme, profesor. El asunto, del que estoy enterado perfectamente, no me importa nada desde el punto de vista científico... Lo único que interesa a mis hombres y a mí es el hecho de que esta noche ha habido tres muertes. Usted dice que había penetrado en ellos la atmósfera de «Satán», y yo respeto su opinión... Pero de seguir así, son ustedes capaces de acabar con todos los habitantes de Nueva York... Lo pondré en conocimiento de mis superiores. Mientras tanto, pueden irse.

Mientras nos dirigíamos hacia la clínica, mi tío, malhumorado, murmuró:

—¿Era necesario disparar, Gregory?

—Todos los síntomas lo delatan... Al menos el que peleaba conmigo.

—Yo no puedo decir nada... No tuve tiempo de darme cuenta.

—Veré de recuperar esos cadáveres para examinarlos. Sí, como espero, empezaban a quedarse vacíos, la policía tendrá que rendirse ante la evidencia de los hechos.

El doctor Lang se hallaba en su despacho, junto con Johnston. En cuanto se les informó de lo ocurrido, exhalaron un suspiro de alivio.

—La terrible amenaza ha desaparecido, al fin. Ahora ya tenemos plena seguridad de que no hay ningún terrestre que tenga en su interior el maldito ácido.

—Así es. Pero no por ello debemos dejar este asunto. Importa mucho aclarar su misterio cuanto antes. De esta forma, cuando «Satán» aparezca de nuevo, podremos combatirle y exterminarle.

—Usted será el encargado de dirigir los trabajos, profesor Barker.

—Lo haré... Sin embargo, antes conviene aclarar nuestra posición con respecto a las autoridades.

—Yo me ocuparé de ello.

No comprendía muy bien el carácter de Johnston. No obstante, una cosa era cierta: no se preocupaba más que de su propia seguridad. El prójimo le importaba un comino. La terrible amenaza había pasado de momento. Y eso

era lo único verdaderamente importante para él.

—Necesitaré examinar los tres cadáveres, señor Johnston. Hágaselo saber a la policía.

—Mañana mismo iré a resolver todo.

Nos despedimos, dando por finalizado el tenebroso suceso. La normalidad volvería a partir del día siguiente. La Sociedad Americana de Astronáutica seguiría trabajando como antes... Pasarían los días, los meses, años... El paso del tiempo ayudaría a olvidar lo ocurrido y la terrible amenaza que «Satán» suponía en su vagar errante por el espacio...

Cuando llegamos a casa, tío Lewis se preparó para narrar a su mujer cuanto ocurriera desde que abandonamos la casa.

Yo fui en busca de Venus. Estaba en la biblioteca, leyendo. Al verme, se puso en pie y vino a mi encuentro.

—¿Ves cómo llevaba razón?

La estreché entre mis brazos y la besé en la boca.

CAPÍTULO XI



IS vacaciones tocaban a su fin. Los días que siguieron los pasé visitando la ciudad en compañía de Venus. Tía Agatha, enterada de mi inclinación hacia la muchacha, me felicitó calurosamente por la elección. Por su parte, tío Lewis se limitó a decir que era lo mejor que había hecho en mi vida, que necesitaba tener una compañera como la hermosa joven.

En la Sociedad Americana de Astronáutica las aguas habían vuelto a discurrir plácidamente. El omnipotente Johnston, al igual que el doctor Lang, parecía como si hubiera olvidado ya los últimos acontecimientos. Solamente mi tío y Terry se hallaban entregados de lleno a la tarea de descifrar el enigma.

Cierta tarde en que tía Agatha salió con mi prometida decidí llegarme al laboratorio donde llevaban a cabo sus experimentos. En cuanto entré en él me arrepentí, pues aquello nada o casi, nada tenía de centro de investigación. Los cadáveres de los tres facinerosos reposaban en largas y estrechas mesas de mármol. Junto a éstas había otras más, en las que podía verse algunas pieles humanas. Tanto Terry como tío Lewis estaban enfrascados en su labor, por lo que respondieron a mi saludo con un simple asentimiento de cabeza.

No era muy agradable estar allí. Decidí, por tanto, acortar la visita.

—¿Cómo va eso?

—No todo lo bien que quisiéramos —me respondió Terry—. Pero todavía estamos en el principio.

—¿Hay posibilidades de éxito?

—Desde luego que sí.

—Es muy prematuro adelantar los acontecimientos —medió mi tío—, pero todo indica que conseguiremos nuestros propósitos.

—Me alegro... Y me voy. No es muy agradable vuestra compañía —y lancé una ojeada en derredor.

Ya en la puerta me di cuenta que se me olvidaba algo.

—¡Ah, tío! ¿Piensas regresar pronto esta noche?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Quiero hablar contigo.

—Bien... Llegaré a casa dentro de unas horas.

Estuve merodeando por las calles, pues no deseaba ir a casa, a sabiendas de que las mujeres no habrían regresado. Nunca había tenido ocasión de pasear por las calles de la gran ciudad, de mezclarme con los viandantes, de escuchar sus conversaciones, de sorprender sus movimientos. La observación constituía para mí uno de los mejores libros de texto, con la ventaja de no

tener letra alguna.

Cuando llegué al domicilio de mis tíos salió a recibirme la criada.

—Las señoras han llamado para decir que regresarán algo tarde. Han decidido ir a un cinematógrafo.

—Bien... ¿Ha llegado mi tío?

—Le oí entrar hace un rato. Está en su despacho.

Me alegraba que no estuvieran tía Agatha y Venus. Así podríamos hablar libremente. Era una idea que había madurado en mi cerebro sin saber cómo, y que deseaba poner en práctica con la ayuda de mi tío Lewis.

Estaba trabajando. Tenía unos papeles sobre la mesa de trabajo. Ni siquiera se molestó en mirar quién entraba.

—Sigue trabajando. Terminaré pronto.

Tomé asiento frente a él y prendí un cigarrillo. Él parecía como si no me hubiera oído. Sin embargo, le conocía lo suficiente para saber que se trataba de una postura o actitud muy suya.

—Verás, tío, lo que tengo que decirte es bastante importante para mí... Ya sabes que deseo casarme, comenzar una nueva vida...

Me detuve para observarle. Creí sorprender un gesto de asentimiento, como si me invitara a que siguiese.

—Mis propósitos son los de venirme a Nueva York. Encuentro más campo aquí para desarrollar mis actividades profesionales... Sin embargo, antes de hacerlo, quiero que me digas tu opinión.

Silencio. Por más que esperé su respuesta, no la recibí.

—¿Me escuchas?

Nada.

—¿No me has oído? —insistí.

Fue entonces cuando me di cuenta que algo le ocurría. Pero antes de que pudiera saber de qué se trataba se puso en pie.

Nunca había visto yo una mirada tan dura, tan salvaje. Una mirada en la que lucía un destello de locura...

Un súbito chispazo me dio la clave... Tío Lewis había dejado de existir, para convertirse en un esbirro más de «Satán»...

—¡Tío Lewis! —grité, angustiado.

La misma mirada dura, la misma fijeza.

—¿Me oyes?... No es posible, Cielo santo!... ¡No es posible!

Me sublevaba contra el destino... Una voz interior me decía que estaba en peligro, que debía conservar toda mi sangre fría... Pero me era imposible en armellas circunstancias.

Tío Lewis seguía en pie, en la misma postura. Los ojos, extraviados,

miraban al frente.

Yo también me había incorporado y le observaba... Una terrible congoja se anudaba a mi garganta, privándome del aire.

—¡Tío Lewis! —y la voz se estranguló, convirtiéndose en sollozos.

De pronto ocurrió algo insólito. Nunca hubiera esperado nada semejante. Algo parecido a lo que le ocurriera a Minerva Tasson, sí; aquello era demasiado...

Los ojos fijos, inamovibles, duros, ante mi mirada absorta, comenzaron a desprenderse, a salirse de las órbitas... Cayeron sobre la mesa, produciendo un ruido seco, como de fruta madura... cuando le miré, las cuencas estacan vacías, huecas.

Lance un grito escalofriante, un grito que encontró reflejo en la columna vertebral, por la que pasó una rápida descarga eléctrica...

Permanecí clavado al suelo, contemplando la visión horripilante... Una babilla espesa resbalaba por mis labios... No podía gritar...

Por los dos orificios aparecieron, repentinamente los extraños bichos que ya conocía... Y yo ofrecía un magnifico blanco...

En aquel instante tuve plena conciencia de que estaba mi vida en juego... La idea de matar, de abatir al que fuera mi tío se impuso en mi cerebro con furia enloquecedora.

No ignoraba que los pseudoprotozoos, en contacto con nuestra atmosfera, se ponían tensos, saliendo lanzados como si fueran dardos.

Los dos primeros vinieron hacia mí, buscando mi carne... Fue un reflejo inconcebiblemente rápido, más de máquina que de hombre... Me agache en una fracción de segundo, hurtando el cuerpo a una muerte segura.

¿De qué forma podría abatir el peligro?... Estaba sin armas. La pistola que me diera tío Lewis se hallaba en su cajón, precisamente donde estaba aquel ser, pues no me atrevía a denominarlo de otra forma.

Era preciso que consiguiera el arma. De lo contrario, por mucho que me ocultara, alguno de los pseudoprotozoos me alcanzaría.

Di la vuelta a la mesa, agachado, hasta detenedme junto al extraño ser. Lentamente, sin perderle de vista, con dos dedos, principié a abrir el cajón. Sólo lo suficiente para poder introducir la mano poco a poco.

Mientras tanto, los pseudoprotozoos seguían saliendo por las vacías cuencas... Tenía que terminar con él cuanto antes, en evitación de que sucediera una desgracia mayor, ya que los bichos, al salir, golpeaban la puerta de entrada... Si alguien aparecía inopinadamente... y ese alguien podía ser Venus o tía Agatha...

Retrocedí hacia un rincón con la pistola firmemente empuñada... La espalda entró en contacto con la pared... Y disparé... Una, dos, hasta cuatro veces... Con saña, con furia. Porque no mataba a mi familiar, sino a aquellos

pseudoprotozoos, procedentes del infernal planeta.

El cuerpo humano se derrumbó sobre el sillón como un guiñapo, instantáneamente los pseudoprotozoos dejaron de salir.

Me aproximé, todavía precavido... Estaba sudoroso, como si terminara de correr la prueba de una milla. Gruesos goterones resbalaban por el frontal. Algunos morían en las cejas. Otros hallaban paso entre ellas, resbalando por sobre la nariz, para ir a morir en los labios.

Mil enconadas ideas me asaltaron... ¿Qué hacer? Tía Agatha y Venus no tardarían en llegar... Tenía que hacerlo desaparecer... Pero ¿cómo?... Me asaltó el recuerdo de Tommy Terry... Él me ayudaría a sacarlo de allí sin que las mujeres, en caso de llegar, repararan.

Salí del despacho, cerrándolo con llave. No me costó mucho trabajo dar con el número del teléfono del ayudante de mi tío.

—¿El señor Terry, por favor? Se trata de algo muy urgente. Dígale, que le llama Gregory Barker.

Una voz de mujer, acongojada, me llegó a través del hilo:

—Ha ocurrido algo horroroso, señor... He avisado a la policía... Estaba en su cuarto... Muerto... Tenía los ojos fuera de las órbitas y le rodeaban pequeños y repugnantes bichos...

Colgué. Le había ocurrido lo mismo que a tío Lewis... Era lógico. Ambos habían trabajado día y noche con las pieles, con los cadáveres de los facinerosos... Habían sido presa del terrible ácido que despedía «Satán».

Avisé inmediatamente a Lang, dándole cuenta de lo sucedido. El galeno prometió mandar una ambulancia.

Johnston y él llegaron con ella. Sus primeras palabras, balbucientes, incrédulas, fueron inquisitivas.

—¿Cómo ha ocurrido?

—¿Cuándo fue?

No había tiempo que perder. Tía Agatha y mi prometida estaban a punto de llegar. Por ello repuse:

—Se lo contaré más tarde. Ahora es preciso sacar el cuerpo cuanto antes. No quiero que lo vea en semejante estado su mujer.

Lang se prestó para decírselo, liberándome de una tarea harto ingrata.

—No le diga la verdad —le dijo Johnston—. La mentira, muchas veces, es más piadosa.

—No se preocupen.

Cuando partimos hacía la clínica, respiré aliviado.

* * *

Tres días más tarde partí de Nueva York. Antes de hacerlo hablé con

Venus. Tía Agatha no se había recuperado del terrible golpe y tardaría mucho tiempo en hacerlo. Decidí, pues, que Venus se quedara a su lado, atendiéndola. Más tarde vendría a reunirme con ellas.

Mientras el tren se alejaba de la ciudad no pude sustraerme a una serie de pensamientos avizorantes.

Había contraído una importantísima obligación. Muertos mi tío y Terry, nadie más que yo, aparte de tía Agatha y Venus, sabía la realidad de los hechos, así como la terrible amenaza que pesa sobre nosotros, los terrestres. Porque estaba convencido de que, tanto Johnston como Lang, no moverían un solo brazo por la causa. Para ellos, el asunto había terminado al extinguirse los últimos hombres que portaban el devastador ácido. Eran seres gastados, achacosos, incapaces de tomar el timón de las investigaciones y poner coto al peligro, un peligro que está en el espacio, que puede volver de un momento a o uro.

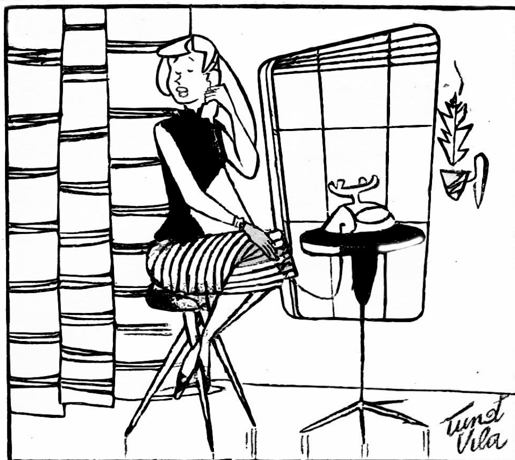
Tú, lector, y yo lo sabemos. Sabemos que el peligro existe, que nos acecha día y noche, que vendrá alguna vez... Llegará el momento en que «Satán», en su deambular por el infinito, penetre en la órbita terrestre y se establezca junto a nuestro planeta...

Nosotros somos la salvaguarda de la civilización. Estamos obligados a vivir vigilantes, alertas... Sólo así conseguiremos acabar con el peligro, lo destruiremos para siempre... Y la Tierra, todas sus naciones, seguirán su curso, prosperarán... Conseguiremos un mundo mejor para nuestros hijos.

Todo eso gracias a nosotros.



NUESTROS RECORDATORIOS CON SONRISA



LÓGICA FEMENINA

—Lo siento Pepe: no quiero saber nada más de ti. Cuando vengas esta noche te lo aclararé.

¿Estallaría una locura colectiva que se apoderaría de la Humanidad, terminando con todos los hombres?

Pantropia

H. S. THELS, el gran escitor, les brinda un apasionante relato que les da a conocer un mundo nacido del horror de una guerra que, forzosamente, sería la última.

COLECCIÓN

DOCUMENTALES – DEL MUNDO



¡ENTÉRESE USTED, EN FORMA AMENA Y AGRÁDABLE, DEL VERDADERO, CÓMO Y PORQUÉ DE LOS GRANDES ACONTECI-MIENTOS MUNDÍALES!

SEPA USTED EXPONER LOS AUTENTICOS MOTIVOS DE TAN IMPORTAN-TES SÚCESOS CUANDO HABLE DE ELLO CON SUS AMISTADES.

¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS LIBROS!

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los alemanes!

Formosa, las tentaciones de la guerra
Por FERNAND GIG0N

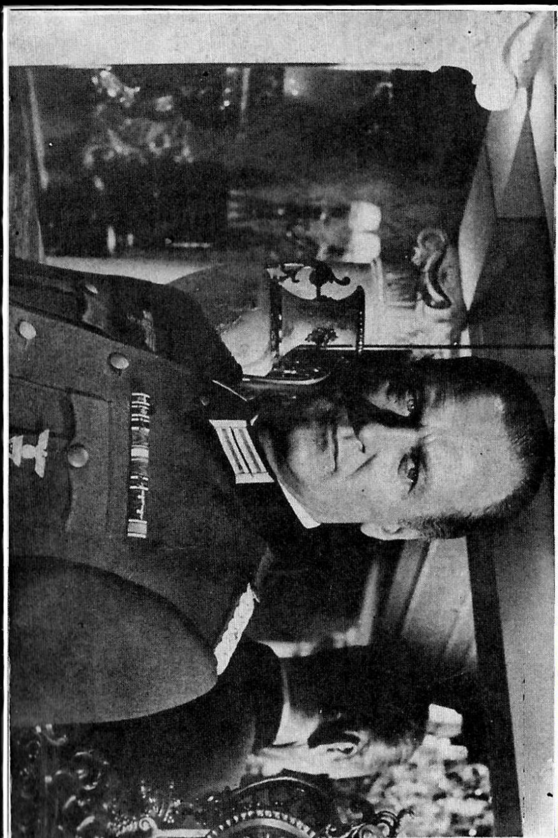
¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!

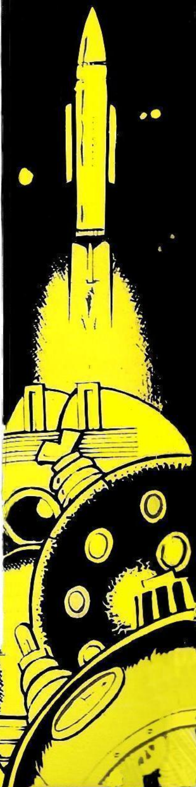
¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN, DE ELLAS 40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ. FORMATO 18x24, ESPLÉDI-DAMENTE PRESENTADOS, CON SOBRECUBIERTAS EN COLOR!

¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo 50 pesetas ejemplar

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

93. — El zoo infinito. — Clark Carrados.
94. — Microcosmos. — Law Space.
95. — El trovador de la Galaxia. — Clark Carrados.
96. — Andrómeda ataca. — Clark Carrados.
97. — El hombre que nació mañana. — Johnny Garland.
98. — Objetivo: la Luna. — Fel Marty.
99. — Pacto en el gran canal. — Clark Carrados.
100. — Un mundo muerto. — Red Arthur.
101. — Taum, cazador estelar. — Law Space.
102. — Justicia robótica. — Clark Carrados.
103. — La llegada de los «Zetas». — Law Space.
104. — La nueva era. — Clark Carrados.
105. — La guerra de los satélites. — H. S. Thels.
106. — El «robot» Espartaco. — Sylvester Strange.
107. — El hombre de Júpiter. — H. S. Thels.
108. — Maquiavelo artificial. — Clark Carrados.
109. — «Zero». — Johnny Garland.
110. — Huida al pasado. — Law Space.
111. — Vikingo del Cosmos. — Clark Carrados.
112. — ¡Cuidado, terrestres! — Tom Argo.
113. — Sólo un planeta. — Clark Carrados.
114. — Venganza cósmica. — Law Space.
115. — «Homo mechanicus». — Clark Carrados.
116. — «Los visitantes». — Johnny Garland.
117. — Raza de señores. — Clark Carrados.
118. — Robinsón estelar. — H. S. Thels.
119. — La fortaleza negra. — Clark Carrados.
120. — Las ratas. — H. S. Thels.
121. — Metamorfosis. — Law Space.
122. — La agonía de los mundos. — Johnny Garland.
123. — El planeta maldito. — Law Space.
124. — «Los satánicos». — Tom Argo.





Escena de «Operación: Londres llama a Polo Norte», Exclusivas Floralva

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 4,50 pesos